

Edgar
Morin

¿Hacia dónde
va el mundo?

Paidós

SUMARIO

Prefacio	9
¿Hacia dónde va el mundo?.....	13
El apareamiento de las ballenas.....	73

PREFACIO

«Hoy en día la batalla se desarrolla en el terreno del espíritu.»

EDGAR MORIN

Edgar Morin habría podido contentarse con su talento y con haber dejado a la posteridad —y a las ciencias sociales— algunos ensayos brillantes sobre temas como la muerte, las estrellas o el rumor.¹ Esto habría sido suficiente para asegurar el renombre de un investigador ordinariamente inventivo.

Pero ¿qué es lo normal en un perdonavidas de ideas trilladas, que está «afectado por una resistencia cuasi biológica del espíritu»? Sin estar respaldado por ninguno de los títulos que conforman normalmente una carrera universitaria, al salir de una guerra que realizó como

1. *L'Homme et la mort* (1951) (trad. cast.: *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós, 2007); *Les Stars* (1957); *La Rumeur d'Orléans* (1969).

francotirador, Edgar Morin ha construido en la soledad, pacientemente, una obra original, una de las de mayor relevancia de nuestra época, que hace de la *complejidad* un problema fundamental y un nuevo paradigma.

Las representaciones tradicionales del hombre han contribuido a parcelarlo, a fragmentarlo, privándole de su riqueza multidimensional (su identidad es a la vez biológica, psicológica y social). Ahora se trata de reunir, de articular urgentemente lo que las humanidades y las ciencias clásicas habían dispersado, empresa considerable que moviliza todos los saberes disponibles y exige la puesta en escena de nuevos modos de pensamiento. Claude Lévi-Strauss decía que el objetivo de las ciencias del hombre no es revelar al hombre sino disolverlo. Edgar Morin busca, en cambio, volverle a dar vida y carne, situándolo de nuevo en el gran folletín del mundo.

El hombre debe ser *enriquecido* por todas sus contradicciones. El pensamiento debe hacerse «dialógico», capaz de dejar flotar a los contrarios, que se completan y se combaten. Es lo que enseñaba ya Heráclito: «Vivir de muerte y morir de vida». El hombre no es solamente *homo «sapiens»* (en cuanto sabe y sabe que sabe), *faber* (fabricante) u *oeconomicus* (calculador y movido sólo por el interés egoísta), tantas concepciones que sitúan al hombre aparte, aislándolo completamente. Es también e inseparablemente *demens* (en cuanto inventa, imagina o mata) y *ludens* (se divierte, se exalta o se consume).

Se perfila así un nuevo humanismo, que podríamos calificar de trágico, si tenemos el cuidado de entender por ello lo que resiste a toda reconciliación, así como a todo optimismo beato. Un humanismo revisitado o «regenerado», que ya no es más la justificación antropocéntrica de una divinización del hombre, que estaría destinado a conquistar la Tierra (con el programa suicida de la modernidad: «Convirtámonos en maestros y poseedores de la naturaleza»). Sería un humanismo planetario, que comporta una toma de conciencia de la «Tierra-Patria» como comunidad de destino, de origen y de perdición.

Esto conducirá a Edgar Morin a preconizar una especie de Evangelio de la Perdición: puesto que estamos todos perdidos (en el gigantesco universo) y destinados al sufrimiento y a la muerte, debemos ser hermanos. Una *fraternidad* que es bastante más que solidaridad: es la clave de una verdadera política de civilización para el próximo milenio.

FRANÇOIS L'YVONNET

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

LA INTERDEPENDENCIA

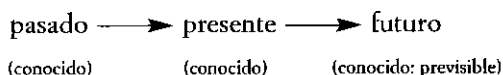
PASADO / PRESENTE / FUTURO

La prospectiva de los años sesenta planteaba que el pasado era archiconocido, que el presente era, lógicamente, conocido, que la base de nuestras sociedades era estable, y que, sobre estos fundamentos asegurados, el porvenir se forjaba en y por el desarrollo de las tendencias dominantes de la economía, de la técnica, de la ciencia. Así, el pensamiento tecnoburocrático creía que podía prever el porvenir. Creía incluso, en su optimismo idiota, que el siglo XXI iba a recolectar los frutos maduros del progreso de la humanidad.

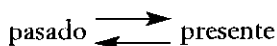
Pero, de hecho, los prospectivistas han edificado un futuro imaginario a partir de un presente abstracto. Un pseudopresente cebado de hormonas les ha hecho las veces de futuro. Las herramientas groseras, mutiladas, mutilantes, que les sirven para percibir, concebir lo real,

los han vuelto ciegos no sólo a lo imprevisible, sino también a lo previsible. No me resisto al placer de citar al experto de los expertos, Robert Gibrat, presidente de las Sociedades estadísticas de Francia: «Los expertos se han equivocado regularmente desde hace veinte años».

Es que aquí todavía, y sobre todo, hace falta, para concebir el devenir histórico, sustituir la concepción simplista reinante por una concepción compleja. La concepción simplista cree que pasado y presente son conocidos, que los factores de evolución son conocidos, que la causalidad es lineal, y, por ello, que el futuro es previsible.



De hecho, hay siempre un juego retroactivo entre presente y pasado, donde no sólo el pasado contribuye al conocimiento del presente, lo que es evidente, sino también donde las experiencias del presente contribuyen al conocimiento del pasado, y por ello lo transforman.



El pasado es construido a partir del presente, que selecciona lo que, a sus ojos, es histórico, es decir, precisamente lo que, en el pasado, se ha desarrollado para pro-

ducir el presente. La retrospectiva hace así en realidad —y con toda seguridad— de prospectiva: el historiador que trata los años 1787-1788 prevé con perspicacia lo que, en los eventos de esos años, prepara la explosión ulterior (evidentemente del todo ignorada por los actores y testigos de este periodo prerevolucionario). Así, el pasado cobra sentido a partir de la mirada posterior que le da el sentido de la historia, de donde una racionalización incesante e inconsciente, que recubre los azares bajo las necesidades, transforma lo imprevisto en probable, y aniquila lo posible no realizado bajo la inevitabilidad de lo advenido. Como, además, el presente se modifica y las experiencias se suceden, hay, en cada nuevo presente, una refocalización que modifica el pasado, como se ha visto bien en el caso de la Revolución francesa, no sólo reescrita sin cesar en el siglo XIX, sino reescrita más que nunca en el siglo XX a través de las experiencias del socialismo (Jaurès), del bolchevismo (Mathiez), del estalinismo (Soboul), del libertarismo (Guérin) y de la desestalinización (Furet / Richet).²

2. Sabemos perfectamente las fechas y el desarrollo de los acontecimientos de la Revolución francesa. Pero el sentido y el efecto de las acciones decisivas de dicha Revolución son todavía objeto de controversia. ¿El Terror ha salvado la República? Robespierre y Saint-Just, al golpear a los moderados y a los *enragés*, ¿han minado de hecho los cimientos mismos de la Revolución, preparando sin quererlo Termidor y Bonaparte? Los efectos y los contraefectos se enredan. Por otra parte, los fenómenos mal elucidados, como el jacobinismo,

Así pues, descubrimos una brecha en el pasado, a la que corresponde una brecha en el presente: *el conocimiento del presente necesita el conocimiento del pasado que necesita el conocimiento del presente*.

Por otra parte, y sobre todo, la ilusión más grande consiste en creer conocer el presente porque nos encontremos en él. Todo el esfuerzo de este libro, en este sentido, está ligado a la dificultad de determinar el rostro del presente.

Ahora bien, el futuro nace del presente. Es decir, que la primera dificultad a la hora de pensar el futuro es la dificultad de pensar el presente. La ceguera del presente nos vuelve *ipso facto* ciegos al futuro. Así, era patente, después de 1950, que situábamos nuestra economía bajo la dependencia del petróleo, el cual dependía de naciones cada vez menos dependientes de Occidente, que, a su vez, se volvía vitalmente dependiente de lo que antes se encontraba bajo su dependencia. Lo sorprendente es que, excepción aparte (Louis Armand), esto ha pasado desapercibido y ha sido excluido de las previsiones de la época. La perspectiva del presente es, por tanto, necesaria en toda prospectiva.

son reinterrogados (Cochin, Furet) y nos plantean nuevos interrogantes... Hay fragilidad en el saber histórico más consolidado. Éste, como todo saber científico, a pesar de sus correcciones y verificaciones, es puesto en cuestión constantemente bajo el efecto de nuevos documentos o, mejor aún, de la nueva mirada sobre los documentos antiguos.

Pero no bastaría con pensar correctamente el presente para ser capaz de prever el futuro. Ciertamente, el estado del mundo presente contiene en potencia los estados del mundo futuro. Pero contiene gérmenes microscópicos que se desarrollarán y que todavía son invisibles a nuestros ojos. Por otra parte, aunque dependan de condiciones preexistentes, y por tanto existiendo ya en el presente, las innovaciones, invenciones, creaciones por venir no pueden ser aún concebidas antes de su aparición (son sólo las consecuencias de las creaciones / invenciones actuales las que pueden ser eventualmente imaginadas). Esta parte decisiva del futuro, por tanto, no ha tomado todavía forma en el mantillo del presente. El futuro, antes de que llegue, está aquí (como nos lo muestra el ejemplo de nuestra dependencia energética) al mismo tiempo que no lo está. El futuro será un cóctel desconocido entre lo previsible y lo imprevisible. A todo esto hay que añadir que el futuro es necesario para el conocimiento del presente. Es él quien va a realizar la selección en el bullicio de acciones, interacciones y retroacciones que constituyen el presente. Es él quien nos desvelará los verdaderos operadores del futuro. A la luz del futuro, que se convierte en presente y hace del presente un pasado, los actores principales del presente entran en la sombra, se convierten en comparsas, en actores secundarios, mientras salen de la sombra, del bastidor, de debajo de la mesa, de detrás de las cortinas, los verdaderos jugadores en el juego del tiempo.

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

Así pues, el conocimiento del presente es necesario para el conocimiento del futuro, el cual es necesario, a su vez, para el conocimiento del presente.

Se trata de decir, por tanto, que el conocimiento del pasado y del presente son incompletos, como lo es el conocimiento del futuro, y que estos conocimientos son interdependientes: el conocimiento del pasado está subordinado al presente, cuyo conocimiento está subordinado al futuro.

Nos hace falta, por tanto, abandonar el esquema simplificador aparentemente evidente:

pasado \longrightarrow presente \longrightarrow futuro

Por la concepción compleja:

pasado \longleftrightarrow presente \longleftrightarrow futuro

Dicha concepción, mediante las incertidumbres que aporta en lo que está aparentemente asegurado, el pasado y el presente, parece deber anular toda tentativa de prever el futuro. De hecho, desvela la nulidad de las prospectivas y futurologías que pretendían fundarse en la base del presente. Nos hace renunciar, ciertamente, a toda visión asegurada del futuro, pero habría sido una locura creer que una prospectiva pueda sustituir, con la misma seguridad, a la predicción de los profetas o de los astrólogos. Apela a un gran y difícil esfuerzo, el de hacer

intercomunicar nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro, de forma que se constituya un bucle generador de conocimiento más lúcido del presente y de proyecciones suficientemente inciertas sobre el futuro.

Para esto disponemos de un instrumento de unión que es el conocimiento de los principios de lo que hace pasar del pasado al presente y del presente al futuro, es decir, que permiten concebir la evolución histórica.

La evolución no obedece ni a leyes ni a un determinismo preponderante. La evolución no es ni mecánica ni lineal. No hay un factor dominante y permanente que la dirija. El futuro sería, efectivamente, muy cómodo de predecir si la evolución dependiera de un factor predominante y de una causalidad lineal. Nos hace falta, por el contrario, partir de la ineptia de toda predicción fundada en una concepción evolutiva también simplista. La realidad social es multidimensional; consta de factores demográficos, económicos, técnicos, políticos, ideológicos... Algunos pueden dominar en un momento, pero lo dominante es rotativo. La dialéctica no camina ni sobre los pies ni sobre la cabeza, sino que gira porque es, ante todo, un juego de interretroacciones, es decir, un bucle en movimiento perpetuo. Hay que decir también, con contundencia, que todo lo que es evolutivo obedece a un principio policausal. La causalidad es una policausalidad donde no sólo éstas se entremezclan y combaten entre ellas, sino también donde todo proceso autónomo produce su causalidad propia a la vez que padece las determi-

naciones exteriores, es decir, consta de una autoexocausalidad compleja. Al mismo tiempo, lo hemos visto en este libro y en otro lugar (*La Méthode*, I, págs. 257-271, y II, págs. 81-83), las acciones derivan, desvían, invierten su sentido, provocan reacciones y contracciones que las surgen. De aquí los efectos boomerang, donde el tiro viene a golpear no al enemigo sino al autor, y los efectos «perversos», de los que comenzamos a percibir el hormigueo.

Finalmente, las invenciones, las innovaciones, las creaciones, las técnicas culturales e ideológicas, aparecen, modifican la evolución, incluso la revolucionan y hacen evolucionar desde ese momento los principios de la evolución.

Las innovaciones / creaciones constituyen desviaciones, que pueden amplificarse y se fortalecen en tendencias, que o bien pueden introducirse en la tendencia dominante y modificar la orientación, o bien pueden sustituirla. Así, una evolución, sea biológica, sociológica o política, no es nunca frontal ni regular. La historia no avanza en torrente como un río. Brota de forma marginal, se desarrolla de forma desviada según el esquema:

innovación → desviación → tendencia → nueva norma
u ortodoxia

El paso a la desviación es, al mismo tiempo, una bifurcación de donde puede nacer un cisma, y donde se desarrollan nuevas formas (cismomorfogénesis). Las opo-

siciones pueden conducir a conflictos. Las nuevas tendencias se desarrollan arruinando las antiguas estructuras, culturas, instituciones. El capitalismo, por ejemplo, no ha nacido frontalmente del desarrollo de las fuerzas productivas del mundo feudal. Como ha mostrado Baechler, ha aparecido, en primer lugar, como parásito en la sociedad feudal donde se ha autoecodesarrollado, corrompiendo y descomponiendo dicha sociedad.

Así, el juego del devenir es de una prodigiosa complejidad. La historia innova, se desvía, titubea. Cambia de raíl, gira: la contracorriente suscitada por una corriente se mezcla con la corriente, y lo desviado se convierte en lo corriente. La evolución es deriva, desviación, creación, y es también rupturas, perturbaciones, crisis. El desarrollo de la industria se ha hecho no sobre el suelo de la civilización precedente, sino transformando de arriba abajo la sociedad tradicional, deportando en masa a los campesinos a los suburbios, rompiendo los lazos y las solidaridades bajo la relación monetaria, arruinando las culturas milenarias...

Hay, además, ocurrencias históricas, críticas, inciertas, donde la historia vacila, bien sea bajo el empuje de fuerzas contrarias que se anulan entre sí temporalmente, o en los momentos de encrucijada donde se operan las elecciones, se abren las sucesiones, o en las bifurcaciones que se presentan. Entonces hace falta una inflexión inicial muy débil, un desplazamiento mínimo, un azar, una o algunas decisiones para que todo el curso sea des-

viado. Hoy en día, además, la historia lleva en sus flancos una carga explosiva mortal y podría explotar en pleno vuelo.

Así, en el juego de torbellino de innovaciones / desvíos / tendencias / contratendencias / cismogénesis / morfogénesis / conflictos / crisis / transformaciones, que es el juego del devenir, se producen sin cesar desvíos y cambios de los procesos, permutación de los fines convirtiéndose en medios, transformación de los productos principales en subproductos y *viceversa*. Así, la polución, subproducto de la industrialización, puede convertirse en su producto principal. Las ventajas vitales de la reducción de la mortalidad infantil pueden comportar los peligros mortales del crecimiento demográfico excesivo... Y todo esto, de nuevo, puede invertirse, dependiendo de si corregimos o bonificamos la técnica, si multiplicamos la producción de sustancias y mejoramos su reparto. Así, ningún factor puede considerarse permanentemente estable, constante, aislable, en el examen concreto del devenir, y por lo tanto nada puede ser predicho de forma segura, todo debe ser presagiado condicionalmente.

Por todas las razones indicadas más arriba, la evolución no sigue mucho el proceso que parece probable en un determinado presente. Éste no conoce la innovación que aún no ha llegado, no ve los gérmenes aún microscópicos que van a conocer un desarrollo acelerado, no sabría prever los efectos de las innumbrables interretro-

acciones que constituyen la verdadera causalidad compleja, no percibe todavía las inversiones de sentido y las permutaciones de finalidades que marcarán los procesos futuros. Por consiguiente, el porvenir pertenece más a lo improbable que a lo probable, sobre todo si la evolución continúa de la forma acelerada y múltiple que conoce nuestro siglo. De hecho, el pasado no cesa de indicarnos que la evolución es evolución sólo cuando no ha sufrido el proceso probable. Los futurólogos de la era secundaria, venidos de otra galaxia para explorar la Tierra, no habrían predicho que los enormes saurios hiperacorazados, que reinaban en nuestro planeta, iban a desaparecer algunos minutos cósmicos después de su triunfo, para hacer sitio a pequeños mamíferos desarmados. No habrían podido suponer que en el universo vegetal de sobrios hábitos verdes estallarían de pronto flores multicolores. Asimismo, la aventura del *homo sapiens* habría sido imprevisible e inconcebible para el futurólogo volviendo a visitar el planeta hace cien mil años. ¿Y quién, hace menos de quince mil años, contemplando una diáspora humana de pequeños grupos de cazadores-recolectores seminómadas, sin Estado, sin ciudad, sin agricultura, habría podido prever el surgimiento del Estado, de la ciudad, del imperio?

Es decir, que un principio de incertidumbre irreducible afecta al futuro. Más aún, la amplitud del devenir hiere de incertidumbre el presente, del que no sabríamos determinar sin duda el (los) sentido(s), alcanza el

pasado, y afecta a toda la aventura humana (que, si desemboca en la destrucción atómica, se convierte en fracaso absoluto).

El reconocimiento de esta incertidumbre no debe únicamente hacernos renunciar a las previsiones simples y endebles que permitieron hacer fortuna a los institutos futuroológicos de los años sesenta. Debe aportarnos incertidumbre en respuesta a nuestras certezas presentes. Debe hacernos afrontar la gran dificultad central: pensar nuestro presente, es decir, los movimientos de nuestro mundo presente.

El gran progreso aportado por los años setenta ha sido el reconocimiento de la incertidumbre allí donde todo parecía asegurado, reglado, regulado, luego predicable. Los economistas y sociólogos «burgueses» de los años sesenta creían que la sociedad «industrial», después «postindustrial», reposaba sobre roca, que estábamos prácticamente en el fin de la historia, en el momento de la realización casi última de la «sociedad buena», aquella que establece paz, seguridad, bienestar, comodidad, para todos sus ciudadanos, y que el devenir, en suma, no era más que la continuación del presente afectado por una tasa de crecimiento regular (¡nuestro simpático sociólogo del ocio no había siquiera imaginado una «tasa de crecimiento cultural»!). Por otro lado, el marxismo oficial aseguraba que la revolución fundamental estaba realizada allí donde reinaba el régimen estaliniano, identificado con el «socialismo real». Ahora

bien, empezamos a comprender hoy en día que no es sólo Occidente el que ha entrado en una crisis económica y cultural, sino que la base de una y otra sociedad deriva y se quiebra, y que el planeta está tanto en trances volcánicos como en «vía de desarrollo». Entrevemos que ninguna estrella guía el porvenir, que éste está abierto como nunca lo ha estado en siglos anteriores, ya que conlleva a partir de ahora, y a la vez, la posibilidad de una destrucción de la humanidad y la de un progreso decisivo de ésta, y, entre estas dos posibilidades extremas, todas las combinaciones, todas las mezclas, todas las yuxtaposiciones de progresiones y regresiones son posibles.

Tenemos, por tanto, que intentar considerar el bucle pasado / presente / futuro teniendo en cuenta el sentido de las complejidades propias a la evolución histórica. Prever se convierte desde entonces en explorar el sentido de los torbellinos del presente. No se trata ya de querer controlar el futuro sino de velar, de acechar en / con la incertidumbre. ¿Cómo trabajar con esta incertidumbre? Interrogando a este siglo que agoniza.

EL SIGLO DE LAS CRISIS. EL SIGLO EN CRISIS

Miremos nuestro siglo, pero con una mirada binocular. Suponiendo que un ojo de la mente vea el aspecto continuo, y el otro el aspecto discontinuo, tenemos tantas dificultades en unir estos dos aspectos como en com-

prender que un fenómeno microfísico pueda ser a la vez onda y corpúsculo.

Así, desde el primer ojo, vemos el *continuum* progresivo, aparentemente lineal, de los desarrollos científico-técnicos, económicos, industriales, consumistas, civilizacionales, y ésta es la visión que reina en las concepciones sociológicas y tecnoburocráticas.

Pero abramos el segundo ojo: entonces, vemos un siglo vulcanizado por las dos mayores guerras, ambas mundiales, de toda la historia de la humanidad: estas guerras no son sólo masacradoras y barredoras de poblaciones; no son sólo desencadenamientos de barbarie surgidos del corazón mismo de la civilización, provocados por las naciones más evolucionadas del universo, especialmente por la patria de la poesía, de la música y de la filosofía; aportan también formidables crisis de sociedades, rupturas en el devenir, el aborto y la corrupción de los procesos emancipadores.

La guerra de 1914-1918 no sólo ha dado a luz al comunismo de aparato, en el que se ha transformado el bolchevismo de guerra civil y extranjera, al fascismo italiano y, al término de quince años de crisis y convulsiones, al nazismo, el cual ha dado a luz, a su vez, a la Segunda Guerra Mundial. La guerra de 1914-1918 ha quebrado algo que era posible. Ha quebrado otra evolución que simbolizaban los nombres de Jaurès y de Liebknecht, y son los residuos amargados de esta historia quebrada los que han infectado e infestado el siglo xx. El si-

glo se ha bifurcado en 1914, después en 1917. No podemos saber a dónde habría ido, pero podemos pensar que a otra parte. La historia humana tal vez ha fracasado, abortado en 1914-1918, y no lo sabemos aún porque no se han producido aún todas las consecuencias de esta catástrofe.

Así pues, hay dos vías para comprender el siglo XX: una de progreso, de desarrollo, de aparente racionalidad; la otra de convulsiones y de horrores.

La Segunda Guerra Mundial no ha sido la réplica de la primera. Ha sido su continuación. Se ha convertido en otra, no sólo por el crecimiento de las fuerzas de muerte, sino también, y sobre todo, por la intervención de los dos totalitarismos concurrentes, enemigos, por un momento aliados —por la activación del conflicto—, después enemigos mortales. Su guerra se ha mezclado de forma gordiana con la guerra de las naciones democráticas pero imperialistas, contra las cuales han intentado liberarse los pueblos que colonizaban; lucha equívoca donde «el bando de la libertad» trabajaba al mismo tiempo por el totalitarismo estaliniano y por salvaguardar la opresión colonial; donde el estalinismo trabajaba al mismo tiempo por liberar los pueblos sometidos por la Alemania nazi; donde ésta, aunque combatiendo el «bolchevismo», pretendía no liberar, sino someter de otro modo, más aún, a los pueblos de la URSS. Durante este tiempo, en la otra punta del mundo, Japón sometía a los pueblos que liberaba. Hubo la toma de Berlín, el

año cero de Alemania. Hubo Hiroshima, la hora cero para la humanidad.

Hubo la Liberación, las ruinas, la esperanza, Yalta, el acuerdo entre las superpotencias, la guerra fría entre estas potencias. En el mundo, la descolonización se puso en marcha, por revuelta, negociación o guerra, y el proceso pasa especialmente por dos guerras que conduce Francia: una en Vietnam, la otra en Argelia. La historia del mundo no cesa de ser herida, violenta, marcada por insurrecciones, por represiones. Y sin embargo, en Europa occidental, en la estela de Estados Unidos, comienza en 1950-1955 un nuevo desarrollo económico, un proceso de urbanización y de industrialización. Los profetas ciegos de la sociotecnocracia ven llegar al fin la superación de las crisis económicas, de las tensiones sociales, la satisfacción de las necesidades de la humanidad, la confluencia en la sociedad industrial planetaria, el desarrollo generalizado de una humanidad que se ha vuelto pacífica e intercooperante.

¿Cómo hemos podido creer, en esta delgada, frágil, local, provisional película de Occidente, apenas endurecida en el cráter, que construíamos al fin sobre roca?

¿El siglo XX no es, por el contrario, un siglo en crisis, siglo de crisis? ¿Acaso no ha abierto su propia crisis en 1914 y, hoy en día, no nos enfrentamos a crisis que se encadenan, se combinan, se encaran y, a veces, se neutralizan las unas a las otras?

Aquí tenemos que intentar aclarar este término de crisis, que se ha vuelto hueco a fuerza de ser usado. Pero digamos, en primer lugar, que el empleo multiplicado de la palabra «crisis» (crisis del progreso, crisis de la civilización, crisis de la adolescencia, crisis de la pareja, etc...) viene de la multiplicación misma de los síntomas críticos... Tratemos de definir el término. A primera vista, la crisis se manifiesta no sólo como fractura en un *continuum*, una perturbación en un sistema hasta entonces aparentemente estable, sino también como crecimiento de los riesgos y, por tanto, de las incertidumbres. Se manifiesta por la transformación de las complementariedades en antagonismos, el desarrollo rápido de las desviaciones en tendencias, la aceleración de los procesos desestructurantes / desintegrantes (*feed-back* positivos), la ruptura de las regulaciones, el desencadenamiento, por tanto, de los procesos incontrolados que tienden a auto-amplificarse por sí mismos o a chocar violentamente con otros procesos antagonistas incontrolados en sí mismos.

Ahora bien, no estamos sólo en una sociedad donde ha surgido una crisis cultural (como en 1968), donde se extiende una nueva crisis económica bajo el efecto de causas exógenas (encarecimiento del petróleo) que despiertan las causas endógenas latentes en nuestras sociedades. Nos encontramos en un devenir donde la crisis se nos aparece no como un accidente en nuestras sociedades, sino como su modo de ser; como había indicado en mi estudio sobre la noción de crisis (*Communications*,

núm. 25, 1976), y lo digo aquí en una formulación que no es mía, sino de Antonio Negri: «La crisis no es lo contrario del desarrollo, sino su forma misma».

Deben ser asociadas ambas ideas (la de que la crisis se ha convertido en el modo de ser de nuestras sociedades y la de que el desarrollo conlleva en sí mismo un carácter crítico), pues es en su movimiento transformador acelerado como el desarrollo de las naciones conlleva en sí desestructuraciones / desorganizaciones económicas, sociales, culturales: el desarrollo no se efectúa sobre una base cultural, civilizacional, societal: el desarrollo es inseparable de la destrucción / transformación de esta base, y es este proceso desorganizador / reorganizador el que tiene un carácter crítico.

Así pues, en lo que concierne a las sociedades occidentales, la crisis de la civilización, la crisis cultural, la crisis de los valores, la crisis de la familia, la crisis del Estado, la crisis de la vida urbana, la crisis de la vida rural, etc., son otros tantos aspectos del ser, en adelante crítico, de nuestras sociedades, las cuales son ciertamente amenazadas por esta crisis, pero viven también de ella.

Parece que no ocurre lo mismo con las sociedades estalinistas. La aparente inmovilidad del sistema, la esclerosis y la congelación política de los que están arriba, el rigor disciplinario de la máquina, todo esto parece eliminar la idea de crisis. Y todo esto constituye, efectivamente, una formidable máquina para eliminar a cualquier precio, y sin cesar, toda desviación, *todo feed-back*

positivo, toda manifestación de antagonismo al poder, es decir, para evitar todo desarrollo de procesos críticos. Pero es precisamente toda la sociedad soviética la que se encontraría en crisis y estallaría sin este formidable sistema represivo / correctivo / normativo totalitario.

De ahí esta situación paradójica: el Imperio ruso mantiene sus elementos críticos al tiempo que los reprime. Así, la agricultura está en crisis, pero sin estar en crisis. Toda la maquinaria industrial civil sufre a la vez de un orden rígido que emana de los que están arriba y de un desorden, de mañas y trampas, que proviene de la base; pero la conjunción de este orden y de este desorden, en lugar de hacer que esta sociedad muera por esclerosis y descomposición a la vez, es precisamente lo que la hace vivir: el orden coercitivo le aporta una columna vertebral, el desorden de necesidad le aporta vitalidad. Por otro lado, el Imperio prácticamente ha estallado, ya que por todas partes las nacionalidades aspiran a escapar de la dominación de la gran Rusia. Pero el estallido no acaba de materializarse, aunque se inscriba en la realidad, porque todos los elementos que podrían alimentarlo se reprimen de raíz. El sistema político es de una estabilidad de mármol, pero eso es lo que le condena a evolucionar de forma crítica, por reemplazamiento brutal de un clan, de un líder, por una conspiración de palacio, o por un complot fraccionario en el *politburó*.

Si consideramos la URSS y Estados Unidos, vemos que cada una de estas sociedades es presa de oposicio-

nes, contradicciones, de carácter crítico. En Estados Unidos, las oposiciones y contradicciones se manifiestan en grandes agitaciones que a veces han sacudido, estremecido, e incluso, provisionalmente, paralizado el Estado. No obstante, es a través de estas mismas agitaciones como se manifiesta la vitalidad de la sociedad estadounidense. A la inversa, en la URSS, el Partido-Estado reprime el desorden en las raíces de la sociedad, reprime en su origen toda manifestación de oposición y de antagonismo. La URSS parece estar mucho menos en crisis que Estados Unidos, y es que, en efecto, los factores de crisis son inhibidos antes de emerger. Pero la potencialidad crítica es, por ello mismo, infinitamente más grande, y debido a ello indefinida y perpetuamente reprimida. La sociedad americana no sólo puede soportar crisis, conflictos, desórdenes interiores, no sólo gana con ello una extraordinaria tolerancia a factores que desintegrarían a una sociedad como la francesa; puede, al menos hasta cierto punto, extraer de ello fuerzas de reorganización y de autocorrección.

Estados Unidos y la URSS son, al mismo tiempo, dos superpotencias imperiales. Si observamos la evolución de ambos imperios desde 1945, tenemos que el primero, envejeciendo, se acartona; el segundo, en pleno crecimiento, se extiende y actualmente se encuentra implantado en diversos países de Asia y de África, sin perder ni un ápice de terreno en Europa, donde ha liquidado las revueltas húngara, polaca y checa. En el plano

militar, cada una de estas dos superpotencias dispone de una fuerza fabulosa y sufre de una debilidad extraordinaria. Hemos tenido que ver la debilidad de la fuerza fabulosa americana durante los largos años de la guerra de Vietnam. La hemos visto en Cuba. La hemos visto por todas partes. No hemos visto aún la debilidad de la fuerza rusa y tal vez no la veremos nunca (hipótesis que examino más tarde: «La hipótesis hegemónica y Europa»), pero hay gérmenes de desintegración tanto en la cumbre como en la base de la formidable potencia militar, y las comunicaciones con sus protectorados periféricos pueden ser rotas fácilmente. Ciertamente, la mitología del socialismo estalinista permanece como fermento de emancipación nacional en el mundo sometido a la dominación americana. Pero en todas partes donde la dominación rusa sustituye a la dominación imperialista anterior, esta mitología se acartona, se deshila, se desintegra, bajo la experiencia del «socialismo real».

Así, nos enfrentamos a dos fuerzas / debilidades inauditas. La URSS es el centro de proyección del socialismo nacional, fórmula de las nuevas clases dirigentes del Tercer Mundo, fórmula de esperanza de las poblaciones lejanas e ignorantes de la experiencia del socialismo «real», fórmula de fe y de salvación para militantes e intelectuales de todos los países, y, con ello, la red de influencia de la URSS se extiende por el mundo, hasta el corazón del sistema americano. Pero, por otra parte, es

en el corazón de la vida «soviética», tanto en Moscú como en todas las provincias del inmenso imperio, donde resplandece el modelo de vida individualista occidental y el mito del paraíso americano. El socialismo no es la realidad vivida de los países «socialistas», sino la máscara ideológica que recubre la retirada a la vida privada y a las aspiraciones a una vida de consumo, ocios y libertades... En su propio nivel, cada ideología, cada mito, reina en el enemigo (con la diferencia de que la creencia en el *american way of life* se mantiene fuerte en Estados Unidos mientras que la creencia en un modo de vida socialista es nula en la URSS). *Nos encontramos paradójica y simultáneamente en una era estalinista mundial y en una era americanista mundial.*

Así, cada uno de los dos supersocios dispone de formidables recursos y cada uno sufre, a su vez, de carencias gigantescas. Cada superpotencia, como dice Sallantín, es al mismo tiempo superimpotencia. No sabemos quién será el vencedor. Pero, sin duda, la fuerza decisiva de uno vendrá de la debilidad decisiva del otro. En lo que concierne a Europa, por ejemplo, es nuestra extrema impotencia respecto a todo esfuerzo federativo y preservador la que dará fuerza al coloso, quien, si no tiene que mover sus pies de arcilla, no tendrá más que inclinarse para devorarnos. A menudo, en historia, el fracaso total de un sistema dotado de fuerza policial y militar lo catapulta hacia delante y le hace triunfar sobre el sistema que sí que era viable...

El Este y el Oeste están trabajados por fermentos críticos. El Tercer Mundo, que ha emergido con la descolonización, conoce el desarrollo del subdesarrollo. La disminución de la mortalidad infantil, la desintegración de las economías y sociedades tradicionales, las degradaciones aportadas por tecnologías ignorantes de los equilibrios ecológicos, culturales, sociológicos, una urbanización de barrios de chabolas, todo esto ha creado nuevas escaseces y nuevas hambrunas, y se evalúa en treinta millones por año el número de muertos por desnutrición, de los que del 15 al 18 % son niños menores de 15 años. Por consiguiente, si todos los procesos continúan a este ritmo, incluidos los de crecimiento demográfico, llegaremos pronto a mil millones de muertos por año. El Tercer Mundo está entre la vida y la muerte. El 80 % de la humanidad mantiene una vida de supervivencia que se vuelve cada vez más infravida en función de las necesidades y aspiraciones que les aporta la imagen de la civilización moderna.

El problema no es la frugalidad y las constricciones climáticas que sufren sociedades todavía arcaicas. El subdesarrollo no es sólo una herencia de retraso. Es también el producto de la implantación forzada del modelo de desarrollo occidental fuera de las condiciones históricas, culturales y tecnológicas que fueron propias del desarrollo occidental; modelo, por tanto, abstracto e impuesto, modelo tecnoburocrático que no ve más que a la máquina industrial y nunca al hombre, cuya compe-

tencia previa es necesaria a las máquinas y cuya cultura previa no puede adaptarse al universo tecnocronometrado. En nuestro tiempo, el desarrollo del subdesarrollo de los barrios de chabolas, de la desocupación y de la desculturación de millones de africanos, asiáticos, sudamericanos, es el producto directo o indirecto del desarrollo de zonas industriales avanzadas. Pero, en estas zonas industriales avanzadas, este desarrollo tampoco produce únicamente comodidad y bienestar; produce también, cada vez más, incomodidad y malestar, no sólo en forma de constricciones tecnocronoburocráticas que pesan sobre la vida de cada uno, sino también en forma de un empobrecimiento psíquico, moral, mental, en la vida de millones de urbanitas de Occidente librados a su egoísmo individualista, a sus crispaciones por lo cuantificador y lo cuantificable, es decir, por el dinero, y en adelante cada vez más poseídos por los bienes materiales que poseen, cada vez más solitarios en la atomización civilizacional, cada vez más infelices y encerrados en sus hogares, de los que son propietarios, mientras aspiran cada vez más a la plenitud personal y a la felicidad.

Por consiguiente, en todas partes, tanto en el mundo hiperdesarrollado como en el mundo en vías de desarrollo, hay desarrollo de subdesarrollos inseparables del desarrollo mismo.

Así, no hay sólo un desarrollo integral que, por este hecho, sea un desarrollo de desigualdades. No es sólo que todo desarrollo suscita por sí mismo crisis en la so-

ciudad, la tradición, la cultura donde se produce. No es sólo que el desarrollo está en crisis y produce su propia crisis. Es que el desarrollo aporta con él subdesarrollo, es decir, que su progreso conlleva y aporta regresiones. El desarrollo se nos presenta a causa de ello como una realidad «crísica» y crítica que aporta tanto regresiones como progresiones, y nos damos cuenta de que la idea de desarrollo, en su forma simplista y eufórica, economicista y tecnológica, era un mito demente del pensamiento tecnoburocrático moderno: ¡una vez más, el delirio abstracto se tomaba por la racionalidad!

REGRESIÓN EN LA PROGRESIÓN Y PROGRESIÓN DE LA REGRESIÓN

La idea de progreso parecía evidente a la vez como dirección asegurada y como progresión efectiva. El crecimiento económico parecía determinar el desarrollo económico, el cual determinaba, a su vez, el desarrollo social e individual. El crecimiento cuantitativo arrastraba por sí mismo la plenitud cualitativa. Ahora bien, esta idea de progreso era metafísica en el sentido literal de que ignoraba la ley, o más bien, la anti-lei física fundamental: nos encontramos en un universo donde interviene un principio de agitación, de dispersión, de desorden, donde todo trabajo conlleva pérdida y degradación de energía, donde toda organización conlleva trabajo

—desde la organización de las estrellas hasta la de los seres vivos— y produce por eso mismo su propia desorganización, contra la que lucha por autorreorganización permanente, pero que, finalmente, la arrastra y produce la muerte: así, tanto las estrellas como los seres vivos están destinados a la muerte. Todo progreso es parcial, local, provisional y, además, produce degradación, desorganización, es decir, «regreso». La evolución biológica puede ser considerada como un progreso profuso a partir de una arcaica vida unicelular. Pero este progreso ha pagado el precio de la desaparición de especies miles de veces más numerosas que las especies supervivientes de hoy en día. Todo organismo vive no sólo de la vida, sino también de la muerte (la renovación) de sus células. Toda sociedad vive no sólo de la vida, sino también de la muerte de sus individuos. Así, no hay ni progreso definitivamente adquirido, ni progreso que sea sólo progreso, ni progreso sin sombra. Todo progreso corre el riesgo de degradarse y conlleva un doble juego dramático de progresión / regresión.

El progreso es, por tanto, uno de los rostros, y un rostro incierto, del devenir. Llama la atención que sobre la ruina de la providencia divina, la humanidad laica, la filosofía de la Ilustración, la ideología de la razón, hayan podido hipostasiar y reificar la idea de progreso como Ley y Necesidad de la historia humana; y esta idea ha sido hasta tal punto desencarnada, separada de toda realidad física y biológica, que ha hecho ignorar el principio

de corrupción y desintegración que obra en *physis*, *cosmos*, *bios*. Más ciego aún fue el mito tecnoburocrático del progreso que reinó durante dos decenios. Concibió el crecimiento industrial como el operador del desarrollo económico, y el desarrollo económico como el operador del progreso humano. Desde ese momento, el crecimiento, destinado a progresar indefinidamente, se convertía en la prueba, la medida, la promesa de un progreso generalizado e infinito...

Así, hemos ignorado la sombra del desarrollo industrial. Hemos ignorado que los productos de desagüe del progreso podían crecer y convertirse en productos principales, cada vez más difícilmente eliminables, mientras que los productos principales beneficiosos podían reducirse y no ser más que subproductos. Y esto no sólo en la esfera de los efectos exteriores del desarrollo industrial (poluciones, perjuicios, degradaciones ecológicas), sino también en el interior de las vidas cotidianas (las ventajas liberadoras de la vida urbana y del crecimiento de los bienes disponibles siendo compensadas cada vez más por las mutilaciones de la existencia especializada, la pérdida de las solidaridades y la atomización de los individuos, la sumisión de los cuerpos y de las mentes a los ritmos cromométricos y a las normas de la organización de las máquinas). Hemos ignorado, por último, que a escala global, el crecimiento / progreso era también un *feed-back* positivo, es decir, una aceleración sin control ni medida, y es este crecimiento el que estaba encargado

de regular las relaciones sociales que sometía cada vez más a sus desajustes.

En adelante, está claro que el desarrollo técnico no es única o totalmente progresivo; conlleva y produce regresiones específicas: el pensamiento tecnocrático no concibe lo viviente, lo antropológico y social, más que según la lógica simplificadora de las máquinas artificiales; la competencia tecnocrática es la del experto, cuya ceguera general envuelve la lucidez especializada; la acción tecnocrática no puede ser, social y políticamente, más que mutilada y mutilante.

Además, parece cada vez más evidente no sólo que la técnica, como la lengua de Esopo, puede servir tanto para lo mejor como para lo peor, lo que es un pobre truismo, sino que, siendo controlada, administrada, dirigida, ordenada por los poderes de los Estados y de los Imperios, se pone principalmente al servicio de la esclavitud y de la muerte. A partir de ahora y en adelante, permite la destrucción de la humanidad, al mismo tiempo que sus promesas bienhechoras y emancipadoras se diluyen o se difuminan en el horizonte.

Es también en su progreso mismo donde las ciencias conllevan regresiones, que son aquellas mismas que permiten la arrogancia del pensamiento tecnoburocrático. El desarrollo hiperdisciplinario de las ciencias vuelve ciego a lo que cae entre disciplinas, a aquello que es lo esencial. Mientras que la formalización y la cuantificación ignoran a los seres y a los existentes, que se convierten por

ello en invisibles y hacen sitio a las cifras, las fórmulas, las idealidades, es la vida la que cae en los agujeros existentes entre las disciplinas biológicas, es el hombre el que cae en los agujeros entre las disciplinas de ciencias humanas. Es el sujeto, desde hace tiempo desaparecido de todas las ciencias, el que es considerado como puro fantasma, lo que constituye el delirio más subjetivo que se pueda concebir. Así pues, los progresos de la ciencia producen no sólo elucidación, sino también obcecación.

No se trata aquí de reemplazar la idea de progresión por la de regresión, es decir, de sustituir una simplificación mutilante por otra. Se trata, por el contrario, de considerar por fin la idea de progreso en su complejidad. Para esto, hay que destruir la idea de un progreso simple, asegurado, irreversible, y considerar un progreso incierto en su naturaleza, que conlleva «regreso» en su principio mismo, un progreso, hoy en día, *en crisis* a escala de cada sociedad y, por supuesto, del planeta en su conjunto.

Nos hace falta, por tanto, considerar la barbarie, no sólo la que no ha podido aún expulsar el progreso de la civilización. *Podemos decir incluso que las nuevas formas de barbarie, surgidas de nuestra civilización, lejos de reducir las formas antiguas de barbarie, las han despertado y se han asociado a ellas.* Así, se ha desarrollado una forma de barbarie racionalizadora, tecnológica, científica, que no sólo ha permitido los desencadenamientos masacreadores de las dos guerras mundiales, sino que ha raciona-

lizado el encierro bajo la forma del campo de concentración, racionalizado la eliminación física, con o sin cámara de gas, racionalizado la tortura, la única barbarie que parecía eliminada a comienzos del siglo XX, en adelante restaurada y reinstaurada por el nazismo y el estalinismo, utilizada por Francia en Vietnam y en Argelia, y convertida en práctica habitual en numerosos países de África, de Asia, de América Latina, bajo forma reaccionaria o revolucionaria, «capitalista» o «socialista».

Marx pronosticó muy bien, en el siglo pasado, el ascenso triunfante de la barbarie en la civilización. Había lanzado la alternativa: socialismo o barbarie. No hubiera podido imaginar que el socialismo y la barbarie desarrollarían una alianza; y es que el «socialismo» advenido no es el socialismo ideal de su previsión, sino el socialismo estático de aparato, que permite reunir y concentrar en él la barbarie del poder de Estado (*cf.* más adelante, «La edad de hierro planetaria»), la barbarie de la dominación policial / militar, la barbarie tecnológica, la barbarie burocrática.

Esta conjunción de barbaries abre nuestro fin de siglo a las posibilidades de esclavitud o destrucción generalizadas: los poderes de Estado pueden hoy en día destruir el planeta; mañana podrán manipular la vida, desnaturalizar la naturaleza, someter la mente humana.

No es en absoluto seguro, sólo es probable, que nuestra civilización se dirija hacia la autodestrucción, y, *si hay autodestrucción, el rol de la política, de la ciencia, de la*

tecnología y de la ideología será capital, puesto que la política, la ciencia, la tecnología, la ideología, si hubiera toma de conciencia, podrían salvarnos del desastre y transformar las condiciones del problema.

Hay todavía más profundidad. Marcuse había visto que nuestra civilización industrial alimentaba en ella misma su propia autodestrucción. Antes, Walter Benjamin había comprendido que todo desarrollo de civilización conllevaba su reverso o fundamento de barbarie. Antes incluso, antes que Hitler accediera al poder, Freud había visto que el desarrollo de la vida civilizada, reprimiendo e inhibiendo a gran profundidad nuestra propia barbarie mental, favorecía la acumulación subterránea de ésta, hasta un umbral explosivo donde estallaría. Así, el desarrollo manifiesto de la civilización es el desarrollo de una barbarie latente. ¿Debe estallar esta barbarie en el momento de la extrema civilización, como nos sugiere la fábula de ciencia-ficción *Planeta prohibido*? (En esta película, los Krell, habitantes de un lejano universo, habían alcanzado tal dominio en sus poderes sobre la materia que decidieron espiritualizarse. Liberaron entonces furias destructoras que los destruyeron.)

Nos hace falta reflexionar: hay un vínculo crucial civilización / barbarie, no sólo en las grandes civilizaciones del pasado, sino también en nuestra civilización actual. La civilización, de todas formas, decía yo en 1958 (*Autocritique*, pág. 227), y lo vuelvo a decir, «no es más que una delgada película no sólo en la superficie social,

sino en nuestra propia superficie mental». Lo que hay que temer no es una brutal implosión de la civilización (ya se han producido, ciertamente, y se producirán todavía, implosiones locales), no es el surgimiento de la barbarie interior a nuestra civilización, sino la alianza y la conjunción de la barbarie exterior y de la barbarie interior.

Todos los procesos que ahora son lanzados a gran velocidad y en creciente amplitud en nuestro presente conducen, *si continúan así*, al desastre, al terror, a la hiperdominación. Es en este sentido en el que lo peor es probable. Como dice Niko Tinbergen: «Si no cambiamos de ruta, estamos perdidos» (M. Salomon, *L'Avenir de la vie*). Pero, muy felizmente, en la crisis generalizada de las sociedades y de la civilización, la guerra está ella misma en crisis, como bien dijo Fornari. El miedo mutuo que los mastodontes estatales se inspiran los unos a los otros se ha convertido, de hecho, en el control real que hasta el presente ha diferido la tercera guerra mundial. La destrucción potencial de la humanidad se convierte en su propio freno, que impide que hasta ahora se generalicen las destrucciones parciales. La guerra ha entrado en crisis cuando el desarrollo y la multiplicación de las técnicas de destrucción le han quitado todo sentido. Pero no está dicho que la locura no la arrastrará. Hay suicidios de pueblos. Un Hitler, cuyo Valhala se hundía, hubiera arrastrado al mundo entero con su muerte si hubiera tenido la posibilidad. Si el comunismo

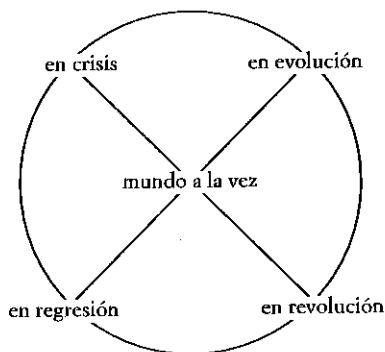
de aparato juega el todo por el todo, ¿tendrá o no escrúpulos en arrastrar a la humanidad en su ruina? ¿La destrucción termonuclear será entonces el freno último o un último recurso? ¿Qué podemos pensar? Estamos en un mundo en el que la crisis lleva en sí misma, no sólo múltiples guerras, sino también la amenaza de la guerra última y suprema, amenaza que, poniendo ella misma a la guerra en crisis, no nos permite esperar más que en lo que desespera...

EL FUTURO PERDIDO

Todo, en este mundo, está en crisis. Decir crisis es decir, como hemos visto, progresión de incertidumbres. Por todas partes, en todo, las incertidumbres han progresado. Es decir, que si los profetas pueden profetizar, si los videntes pueden ver, los diagnosticadores ya no pueden ver bien y los pronosticadores no pueden predecir más. El presente está en peligro. El planeta vive, titubea, rueda, eructa, tiene hipo, ventosea día a día. Todo se hace, se vive, a corto plazo. El futuro se borra tanto más en cuanto depende, no sólo de azares y de bifurcaciones (que tal vez tienen ya lugar...), sino también de un eventual todo o nada. Sin embargo, no nos encontramos en la confusión. Hemos perdido la evolución lineal, el devenir preprogramado, el futuro robotizado, pero hemos ganado un complejo de ideas críticas. Sabe-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

mos que los encadenamientos y las multiplicaciones de crisis son inseparables de una evolución que habíamos creído llamar «desarrollo» y «progreso»; hemos visto que si esta evolución conlleva efectivamente desarrollo y progreso, los desarrollos conllevan subdesarrollos y las progresiones conllevan regresiones. También sabemos que esta evolución conlleva rupturas y transformaciones radicales, que producirá transformaciones todavía más radicales, y que estamos en el siglo mismo de las revoluciones. Sabemos, al fin, que la evolución tiende tal vez a su autodestrucción. Así, nos encontramos en un mundo que nos parece a la vez en evolución, en revolución, en regresión, en crisis, en peligro.



Nos hace falta, por tanto, asociar estas nociones de crisis, evolución, revolución, regresión, en lugar de seleccionar una y eliminar las otras. Vivimos todo esto a la vez. Y nuestra incertidumbre es el no saber cuál de estos términos será finalmente decisivo.

LA CRISIS DE LA HUMANIDAD

Hemos anunciado sin cesar en este libro la mala noticia: no hay salvación histórica. No estamos cerca de la solución final. No vamos a salir de la historia. Al contrario, nos hace falta saber que nunca habíamos abandonado la historia, y la vuelta del espíritu a la historia, necesaria y vital, se va a acompañar de ahogos y de asfixias. Nos hace falta renunciar a las últimas esperanzas locas, las del tercermundismo, que por mi parte había abandonado en 1958: «El Tercer Mundo repite la historia de los nacionalismos europeos y la historia del socialismo de aparato, a veces simultáneamente, con caracteres a veces más progresivos, a veces todavía más regresivos» (*Auto-critique*, pág. 221).

Pero si todo continúa, si todo vuelve a empezar, hay una dimensión radicalmente nueva en la historia: la emergencia planetaria de la humanidad (o la emergencia de la humanidad planetaria). Todas las crisis de las que hemos hablado conllevan intrínsecamente la dimensión planetaria. Todos los desórdenes y las crisis de nuestro presente conllevan y prolongan todos los desórdenes y las crisis históricas del pasado, pero el estado de desorden presente no les es reducible por su carácter propiamente planetario.

Desde hace cincuenta mil años, el *homo sapiens* se ha dispersado por todos los continentes, y la diáspora humana ha continuado, se ha consolidado, durante mile-

nios. Las etnias se han encerrado en su lengua, su cultura, su creencia. Las civilizaciones comunicaban poco a poco, pero la gran desviación había aislado a las unas de las otras, a las humanidades de América, de África, de Asia, de Europa, y, en el seno mismo de los vastos continentes, imperios y civilizaciones permanecían ignorantes los unos de los otros. Había historias, variadas, múltiples, asincrónicas, no una historia.

Fue después del descubrimiento de América cuando, como una nebulosa espiral, la humanidad comenzó a emerger en y por las intercomunicaciones e interacciones de continente a continente. La era planetaria se inicia en el siglo XIX, en el momento en que el desencadenamiento de la técnica, de los ejércitos, de los imperialismos occidentales recubre el globo. En el siglo XX, dos guerras mundiales, a la vez, desgarran y unifican el planeta. En adelante, el primer tejido conjuntivo de un gran cuerpo planetario se encuentra tejido y retejido por las miríadas de intercomunicaciones, interconexiones, interdeterminaciones, interdependencias, interretroacciones, no sólo técnicas, económicas, informáticas, ideológicas, culturales, sino también biológicas (unificación microbiana del mundo, carácter planetario de las epidemias anuales de gripe, mestizajes múltiples, etc...). Hoy en día, un tiempo común sincroniza los diferentes tiempos. Múltiples bucles bioantropoculturales constituyen las primeras emergencias de una humanidad cuyos fragmentos en diáspora se reconocen como uno. Y por pri-

mera vez, frente a las pantallas de televisión, el planeta se ha contemplado a sí mismo, se ha visto desde la Luna.

Una conciencia planetaria, una conciencia de humanidad, se forma y se reforma, aunque las internacionales hayan quebrado y hayan sido devoradas por los nacionalismos. La humanidad no es sólo una noción ideal, sino que se ha convertido en una comunidad de destino, que, forjada en y por dos guerras mundiales, se ha convertido después de Hiroshima en una comunidad de vida o de muerte. La humanidad ha vivido su muerte potencial antes de haber podido nacer. Es la amenaza de destrucción la que tiene virtud genésica para la humanidad y transforma la idea abstracta en realidad concreta. Esta concretud es envuelta por otra concretud planetaria, de la que la ciencia ecológica nos ha hecho tomar conciencia: la biosfera, un conjunto autoecoorganizador, constituido por las interretroacciones entre todos los seres vivos, entre ellos nosotros mismos, sobre nuestro planeta. Finalmente, la aventura espacial es mucho más que una aventura rusa o norteamericana, es también una aventura humana. Es el espíritu emprendedor, de curiosidad, de *homo*, el que anima la exploración del universo, y no sólo la megalomanía de dos imperios. La Tierra se ha convertido en nave espacial.

Así, sobre la base biológica de la especie *homo sapiens*, a través de la extraordinaria diversificación de las culturas, la humanidad se constituye como entidad geográfica planetaria, se unifica bajo la égida de la técnica

que le permite todas las intercomunicaciones, se reconoce como comunidad de destino en el seno de la biosfera y, al fin, emerge como conciencia...

Es muy fácil que la humanidad se federe, se convierta en una sin dejar de ser diversa. Cada uno de nuestros organismos es una república de treinta mil millones de células. ¿Por qué una federación de algunos cientos de naciones y de tres a seis mil millones de *homo sapiens* no podría llegar a autoorganizarse? No es sólo razonable, sino que es vital considerarlo: el peligro mortal que hacen correr a todos los humanos los enfrentamientos entre imperios y potencias nos impulsa a concebir una confederación de la humanidad que, englobando los Estados-nación, respetando su originalidad y su singularidad, suprimiría su omnipotencia, los frenaría y los regularía.

Y es ahí precisamente donde todo se atasca, patina, derrapa, despegas, se descontrola... La nebulosa espiral de la humanidad se deshace en el momento mismo en que intenta acceder al ser. La crisis planetaria, por consiguiente, es la crisis de la planetarización, que se efectúa en y por la técnica, en y por la comunidad de destino, no al nivel de la humanidad dividida y desgarrada en naciones, imperios, razas. Allí donde esta planetarización progresa por la hegemonía y por la homogeneización, entonces, *por ello mismo*, «regresa». Así, vemos que *la crisis de la planetarización es la crisis de la humanidad que no llega a constituirse en humanidad y, a la vez, del*

mundo todavía incapaz de convertirse en mundo, del hombre todavía impotente a la hora de realizarse como hombre...

LA EDAD DE HIERRO PLANETARIA

Ahora podemos intentar situarnos respecto al pasado, al presente y al futuro en gestación en el presente incierto.

Estamos todavía en la prehistoria del espíritu humano.

El problema antropológico de la organización social y de la vida en sociedad no ha encontrado su solución fundamental.

Estamos en una era de crisis, ruido y furor, progresiones / regresiones.

Y, al mismo tiempo, correlativamente, hemos accedido a la era planetaria donde, como una nebulosa espiral, la humanidad tiende a acceder al ser.

Estamos en la edad de hierro planetaria.

Y esta edad de hierro es al mismo tiempo la era uraniana de los Estados-nación.

Ya se sabe: el Estado aparece al mismo tiempo que las sociedades históricas, hace diez mil años. Pero es verdaderamente a finales del siglo XVIII cuando, tras una larga gestación, se culminan los Estados-nación modernos. No ya sólo Estados compuestos de pequeñas ciuda-

des autónomas o Estados impuestos a una frágil reunión de etnias diferentes (imperios), sino Estados ligados a una comunidad de destino, definida cultural, lingüística y míticamente (la referencia a la «Madre Patria» que da al Estado-nación sustancia maternal / paternal respecto a los ciudadanos infantilizados respecto a ella y fraternizados entre ellos). La fórmula del Estado-nación se dispersa en América y en Europa, pero es verdaderamente en el siglo XX cuando se universaliza y, con la descolonización del Tercer Mundo, llena todo el campo del planeta.

En un sentido, el acceso a la existencia nacional parece un momento positivo de emancipación de etnias subyugadas por la colonización occidental. En otro sentido, la proliferación balcánica de los Estados-nación parece el fracaso de las fórmulas federales en América Latina (el «sueño» de Bolívar), así como en Asia y en África. Más profundamente aún: la incapacidad de los pueblos o naciones a interfederarse, tanto en Europa como en el mundo entero, a comienzos del siglo XX; el desencadenamiento en 1914 del chovinismo bélico en una Francia y en una Alemania donde las masas obreras se habían adherido a la idea internacional; y después, tras el triunfo de la Revolución rusa, el sometimiento, no de la URSS a los objetivos internacionales de la revolución planetaria, sino de los objetivos internacionales de los partidos comunistas a los intereses nacionales de la URSS; todo esto marca no sólo el engullimiento, una tras

otra, de tres internacionales por los nacionalismos, sino también el fracaso de la revolución del siglo XX.

Quiero decir con esto que una visión retrospectiva debe considerar las posibilidades, los esbozos y las génesis que han sido desintegradas o descarriadas durante la primera parte del siglo. Hubo en este sentido, a comienzos del siglo XX, el impulso de la IIª Internacional, que aportó un inicio de formación, sobre la base de la fraternidad de los trabajadores, de la «nebulosa espiral» de humanidad. Pero el primer fracaso no hizo más que reforzar, en consecuencia, a los Estados-nación, hasta el momento en que la horrible matanza y la absurdidad de la guerra favorecieron, en consecuencia inversa a la primera, la esperanza en una nueva internacional revolucionaria; Moscú apareció entonces como la primera conquista de la nueva humanidad: «Un sexto del globo ha sido liberado» se cantó y volvió a cantar por generaciones, entre ellas la mía durante la Resistencia; pero el segundo, decisivo e irremediable fracaso había tenido lugar ya, liberando esta vez la forma suprema y monstruosa del Estado-nación, la forma socialista-nacional o nacional-socialista. En efecto, la URSS se ha convertido en una gran nación rusa de carácter primero hegemónico y después imperial; el socialismo «en un solo país» ajustándose e integrándose en la nación, se ha convertido primero en nacional, después en nacionalista, mientras que el fascismo italiano, así como el nazismo alemán, ellos, por operación inversa, no ya de introducción de la idea de

nación en la idea socialista, sino de la idea socialista en la idea de nación, han creado la fórmula simétrica, concurrente, enemiga, diferente, pero análoga, del nacionalsocialismo. El elemento nuevo es, en todos los casos, la constitución del Partido-Estado, la monopolización del poder, y, más o menos, la concentración de los poderes en las manos del partido, cuya red nerviosa ocupa hasta en sus mínimas células toda la sociedad.

El siglo XIX había lanzado al mundo la idea de nación, el siglo XX lanza al mundo la idea de nación socialista. Desde este momento, las condiciones regresivas de la crisis del siglo XX recrean inevitablemente las condiciones del auge y de la difusión del modelo socialista-nacional, tanto bajo la forma estalinista estricta, como según fórmulas más o menos autónomas y más o menos heterogéneas. Por todas partes, las aspiraciones emancipadoras que nutren y las ideologías nacional y socialista son desviadas, derivadas, invertidas, en beneficio de la nueva dominación. La última tentativa internacionalista, la de la IVª Internacional, permanece como una desviación patética y trágica (manifiesta la capacidad intelectual del marxismo trotskista para querer asumir el destino de la humanidad, a la vez que manifiesta su incapacidad para alzarse al nivel de la complejidad del problema). El mundialismo se ha convertido en una idea de patronazgo...

El fracaso de la revolución del siglo XX es irremediable. Si era fatal o no, eso es otra cuestión. El porvenir, de

todas formas, se ha jugado en 1914, 1917, 1921, 1924, 1935, 1937, 1941 y 1945. Lo importante es que hubo una primera y grandiosa tentativa para plantear, sobre otras bases, la organización de toda sociedad y el problema de la humanidad. Me mantengo fiel a ella para siempre.

Pero no menos importante fue el fracaso. La nación socialista se ha convertido en un momento clave en el desarrollo omnipotente del Estado-nación. No está en absoluto dicho que todos los Estados-nación experimentarán o buscarán esta fórmula. Tampoco es en absoluto seguro que su triunfo esté asegurado para el tercer milenio. Pero serán poquísimos los Estados-nación que no se contagien.

Esta fórmula paroxística del Estado-nación plantea desde este momento, de forma paroxística, problemas que ya plantea la existencia de los Estados-nación en los dos niveles humanos fundamentales: el de los individuos, por una parte, y el de la humanidad por otra.

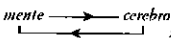
Desde el primer punto de vista, podemos considerar que el Estado democrático y pluralista establecía relaciones de control mutuo simultáneo y correlativo entre poderes separados, partidos antagonistas, y entre individuo / Estado, relación recursiva donde el Estado controlador estaba controlado por sus controladores. No obstante, los desarrollos tecnoburocráticos del Estado de bienestar moderno tienden, al mismo tiempo que a tranquilizar y proteger al individuo, a irresponsabilizarlo en sectores claves de su vida. Pero es con el totalitarismo

como el Estado tiende a irresponsabilizar completamente al individuo. Hannah Arendt tiene razón en hacer de Eichmann un ejemplo brillante que, más allá del nazismo, alumbra una tragedia moderna: Eichmann, efectivamente, «obedecía órdenes». El totalitarismo destruye la relación recursiva individuo / nación, aunque el Estado no tenga un átomo de existencia fuera de las interacciones entre los individuos que constituyen la nación. Llegamos a un problema muy grave, que ya he esbozado en otra parte (*La Méthode*, II, págs. 252-254 y 299-302). Cito aquí el pasaje que concierne a mi propósito presente:

Un nuevo y enorme poder de Estado tiende a concentrarse a lo largo de este siglo.

1. *El Estado se convierte más y más en Estado de bienestar y en Estado asistencial (Welfare State). En un sentido, se consagra más y más a la protección y el bienestar de los individuos, pero al mismo tiempo, extiende sus competencias en todos los dominios de las vidas individuales, en adelante aprisionadas en una red polimorfa, a la vez caparazón (protector, pero eventualmente infantilizante) y nasa. Así se desarrolla un Estado, ciertamente no totalitario, sino totalizante, es decir, cubriendo todas las dimensiones de la existencia humana.*

2. *Los notables desarrollos informáticos de los que apreciamos y discutimos hoy en día las ambivalencias (Nora, Minc. 1978) dejan entrever sorprendentes posibilidades de desconcentración y descentralización comunicacionales de las que se beneficiarían los individuos. Pero, al*

mismo tiempo, la informática da al aparato de Estado central la posibilidad de reunir y procesar todas las informaciones sobre un individuo de forma mucho más ramificada y precisa que el control neurocerebral sobre las células de nuestros organismos. Desde este momento, un control policial / tecnológico (provisto de dispositivos de detección y de escucha todoterreno) se puede ejercer, en adelante, sobre toda desviación, anomalía, originalidad. A esto, hay que añadir ya las futuras acciones bioquímicas , que permitirían establecer una normalización generalizada eliminando toda desviación. A partir de ahora y en adelante, el Estado se encuentra dotado de poderes que, virtualmente, exceden todos los poderes de control y de intervención jamás concentrados.

3. Aquí mismo, hay que inscribir el proceso aparentemente marginal y sociológicamente menor del que ya he dado cuenta (La Méthode, I, págs. 12-14): el conocimiento científico es cada vez menos producido para ser pensado y meditado por mentes humanas, y cada vez más acumulado para la computación por los ordenadores, es decir, para la utilización por entidades superindividuales, en primer lugar por la entidad supercompetente y omnipresente: el Estado. Al mismo tiempo y correlativamente, esta misma ciencia nos ciega: el rostro de nuestro mundo, de nuestra sociedad, de nuestro destino, es puesto en migajas por un conocimiento científico aún hoy incapaz de pensar el individuo, incapaz de concebir la noción de sujeto, incapaz de pensar la naturaleza de la sociedad, incapaz de elaborar un pensamiento que no sea sólo matematizado, formalizado, simplificado, pero, en cambio, muy capaz de proporcionar a los po-

deres nuevas técnicas de control, de manipulación, de opresión, de terror, de destrucción.

Nos acercamos, por tanto, al momento en que podemos considerar que todos estos procesos juntos podrían permitir al ser del tercer tipo (Estado-nación) realizarse con omnipotencia, no sólo sometiéndonos y manipulándonos, sino también infantilizándonos, irresponsabilizándonos y desposeyéndonos de la aspiración al conocimiento y del derecho al juicio.

Dicha hipótesis no es un juego mental, porque el Estado consagrado a esta realización ha surgido en el siglo XX: el Estado totalitario. Se instala, bajo diversas variantes, en todos los continentes, todas las civilizaciones, todas las sociedades, bajo el impulso, el control, la apropiación de un aparato soberano de lo soberano: el partido poseedor de todas las competencias, poseedor de la verdad sobre el hombre, la historia, la naturaleza.

Desde este momento, bastaría que este Estado totalitario concentre y utilice de forma sistemática todas las formas de dominación / control, no sólo burocráticas, policiales, militares, mitológicas, políticas, sino también científicas, técnicas, informáticas, bioquímicas, para que pueda operarse un sometimiento de las clases, los grupos, los individuos, no ya sólo generalizado, sino irreversible; regresiones de derechos individuales no ya sólo generalizadas, sino irreversibles. Podemos ciertamente esperar que nuestros totalitarismos contemporáneos sean los monstruos provisionales nacidos de las agonías y gestaciones de este siglo. Pero podemos también temer que estos monstruos se vuelvan duraderos en y por el sometimiento / control estructural de los individuos...

Consideremos ahora desde el punto de vista de la era planetaria a los Estados-nación. Los Estados-nación son monstruos paranoides, que consideran como enemigo *a priori* a su vecino y como sospechoso a su residente. Se enfrentan como dinosaurios y pterodáctilos, en una furia de sangre cada vez más demente. No reconocen ninguna ley superior a su voluntad bárbara. Los tratados son siempre papel mojado que desgarrar toda nueva relación de fuerzas. Son incapaces de amar y están desprovistos de conciencia. Y nosotros, individuos, nosotros, humanidad, dependemos totalmente de las ebriedades, furores y crueldades de estos monstruos uranianos. La suerte del planeta está en sus manos. Es de los Estados-nación de donde viene la amenaza suprema que pesa sobre los individuos en cuanto individuos (la alienación totalitaria) y de la humanidad en cuanto humanidad (la destrucción total).

Es decir, que no estamos más que en la era secundaria de la política. Es decir, que estamos todavía en la prehistoria de la organización social, en la prehistoria del espíritu humano: *la edad de hierro planetaria*.

LA HIPÓTESIS HEGEMÓNICA Y EUROPA

Es en la nueva edad de hierro donde hay que prever *nuestro* porvenir, primero local europeo, el porvenir de la civilización, el porvenir del mundo. Tenemos que

afrontar la hipótesis de una gran hegemonía de imperio que podría extenderse sobre la mayor parte del globo. En un sentido, la URSS dispone de una gigantesca potencia militar mundial. Sin embargo, esta potencia inaudita es también de una debilidad inaudita, como hemos visto anteriormente, y bastaría con un desgarró o ruptura en la cumbre, para que una desintegración en cadena alcance el sistema en su conjunto.

Sin embargo, es esta debilidad la que alimenta la formidable potencia represiva, defensiva, ofensiva, de la URSS. Es porque ha fracasado en sus fines por lo que el comunismo de aparato ha logrado en sus medios salvar e incrementar su poder, y constituye hoy en día el único poder capaz de exterminar sistemática y duraderamente todo embrión de oposición. Cuanto más fracaso interior haya (ideológico, económico, social) más apostará el sistema por su gran victoria (el control de aparato, la potencia militar), más se empujarán estas dos fuerzas y le empujarán hacia delante. Bastaría entonces que sus adversarios estén desamparados, desprovistos, incompetentes, asombrados, como lo están ya en su mayoría, bastaría que, de nuevo o duraderamente, Estados Unidos esté en crisis para que el sistema extienda más o menos su hegemonía sobre el viejo mundo y sobre el sur del nuevo. Pero no está dicho que pueda alcanzar la hegemonía universal, y no está dicho que, *in extremis*, una coalición defensiva del Extremo occidental, del Extremo oriental y de Europa no pueda intimidarlo. De todas

formas, incluso vencedor, el aparato central del Imperio del Norte no podrá conservar su victoria secularmente. Ciertamente, a corto y medio plazo su dominación será atroz. Cerrará la escuela de Atenas, de Viena, de Fráncfort, de París. Pero, de la misma forma que la Edad Media cristiana supo conservar a Aristóteles, el comunismo neomedieval conservará en gérmenes, enterrados en los infiernos de sus bibliotecas y de sus museos, los tesoros de nuestra cultura. Destruirá mucho de lo vivo, pero conservará mucho de lo muerto, que podrá renacer. Y, tarde o temprano, el aparato central fracasará en su pretensión de controlar la historia y la humanidad. Sólo queda esperar que en su hundimiento no arrastre a la historia ni a la humanidad. Y Europa ¿se salvará? ¿Será avasallada? ¿Medievalizada? ¿Helvetizada? ¿Volverá a ser foco de civilización, un nuevo Mediterráneo en un universo de continentes masivos, o se extinguirá, en cambio, bajo la mordaza mientras que el nuevo Mediterráneo se abra en el Pacífico Norte, entre California, Japón y China? ¿Seremos nosotros las ciudades griegas que fueron aplastadas por los macedonios, o seremos, en cambio, como estas mismas ciudades que, un siglo antes, se recuperaron del desafío del Imperio persa? Aquí tampoco podemos prever nada. Ciertamente, tal vez todo esté ya decidido. Pero puede también que nada esté aún decidido. Estamos hoy en día en el más amplio juego de posibles, no ya porque nuestro mundo es indeterminado, sino porque este mundo está, al contrario, sometido

por todas partes a derivas, transformaciones, progresiones, regresiones, invenciones...

De todas formas, parece que la humanidad no va a poder evitar el caos. El problema es saber si será un pequeño caos, con guerras, pero locales, con convulsiones, pero temporales, con regresiones, pero no generalizadas, o un gran caos, una deflagración en cadena que puede conducir incluso a la destrucción atómica. Si será un caos corto, de algunos decenios, o un caos largo de carácter secular.

Esta idea de caos, a mis ojos, conlleva algo de agónico. En la palabra «agonía», hay que introducir el sentido de tensión extrema, de lucha entre la vida y la muerte, entre el nacimiento y la descomposición.

LA AGONÍA

Aquí de nuevo, es ya en el presente del siglo donde podemos sentir el torbellino agónico donde las fuerzas de la vida y las fuerzas de la muerte no sólo chocan, sino que también trabajan ciegamente las unas para las otras. A partir de ahora y en adelante, el futuro surge de todas partes, en acometidas inauditas, a la vez que es incapaz de nacer.

Hoy en día, las fuerzas portadoras de muerte van más rápido que las fuerzas portadoras de vida, las cuales, sin embargo, crecen rápidamente. Las fuerzas de

cretinización continúan progresando más rápido que las fuerzas de elucidación, las cuales, sin embargo, se aceleran desde 1970. Las fuerzas de avasallamiento desarrollan sus medios cada vez más rápidamente respecto a las fuerzas de emancipación, las cuales a menudo todavía, por inconsciencia, obran ardientemente en favor del avasallamiento y la muerte. La idea de la necesaria revolución en las relaciones humanas, sociales, internacionales, se difunde, pero todavía captada por la contrarrevolución, que, bajo la máscara de la revolución, extiende y fortifica su imperio.

¿Los procesos de cretinización, de avasallamiento, de destrucción, continuarán siendo los más rápidos? Si es así, entonces estamos lanzados en una carrera apocalíptica hacia la muerte, y el futuro se vuelve nuestra nada próxima. Hoy en día vemos como ganancia el hecho de que la tercera guerra mundial está diferida desde 1947. Pero ¿no lo habremos perdido todo en los pocos años ganados?

Hay un peligro mortal. El peligro mortal no está sólo en la bomba, que no es más que uranio o hidrógeno, sino también en la conjunción sinérgica de los Estados todopoderosos, de las técnicas de manipulación, de avasallamiento y de destrucción, de los mitos delirantes. El peligro está en la confluencia de las fuerzas de avasallamiento políticas, tecnológicas, biológicas, informacionales, y en el desencadenamiento de los procesos demográficos, económicos, ecológicos.

Pero todo puede cambiar aún, en esta agonía portadora de un eventual fin del mundo y de un eventual nacimiento de un mundo...

NUEVO NACIMIENTO Y REVOLUCIÓN

He devuelto y disipado en los horizontes la idea de Revolución concebida como solución final o «fin de la historia», pero no he dejado de reconocer la profundidad y la «verdad» de las aspiraciones revolucionarias de este siglo. Además, el proceso de autodestrucción de la civilización y de la humanidad no puede ser detenido por los remedios surgidos de las fuentes tecnoburocráticoestatales del mal. La crisis de la cultura, así como la crisis de la guerra, nos incitan a una transformación profunda de la relación individuo / individuo; individuo / sociedad; sociedad / humanidad. Por lo que resulta más urgente y radical que nunca la necesidad que expresa el término, aunque mancillado, ensuciado, cretinizado (¡pero qué gran palabra no lo está!), de *revolución*.

Pero aquí, *no se trata ya de la lucha final, se trata de una nueva lucha inicial*. Se trata de considerar un nuevo nacimiento, que estaría ligado al nacimiento de la aún inexistente y potencial humanidad. *No se trata ya de realizar las promesas de la evolución, se trata de revolucionar esta evolución misma*. Es el cambio el que debe cambiar.

La palabra «revolución» debe ser completamente repensada. La nueva idea de revolución no es ni de promesa ni de culminación. No es ya la palabra-solución, es la palabra-problema. La solución: el partido revolucionario, la clase revolucionaria, la conquista del poder, la apropiación de los medios de producción, el conocimiento de las leyes de la sociedad, es todo esto lo que justamente plantea trágicamente problemas. No hay ya un partido-mesías, una clase-mesías, un pueblo-mesías, una idea-mesías. No se trata sólo de eliminar la antigua clase dominante: sobre el suelo arrasado nace la nueva clase y la nueva y muy vieja dominación: hay, por tanto, que afrontar el problema de la dominación en sus estructuras mentales y organizacionales. No se trata ya tanto de apropiarse colectivamente de los medios de producción, hay que desapropiarlos colectivamente y dar autonomía a las colectividades. La revolución no debe limitarse a transformar una supuesta infraestructura a partir de la cual se difundiría el cambio sobre todas las superestructuras. Los revolucionarios del siglo pasado estaban atormentados por el problema: ¿por dónde, cómo comenzar? ¿Por la educación? Pero Marx había criticado justamente la tesis de Feuerbach sobre la primacía de la educación: ¿quién educará a los educadores? ¿Por el partido? Pero ¿quién formará parte del partido? ¿Por la toma del poder? Pero ¿quién tomará el poder? ¿Por la apropiación de los medios de producción? ¿La eliminación de las clases dominantes? Pero esto conduce a una apropia-

ción y aquello a una nueva clase dominante. ¿Por la transformación de las costumbres? Pero ¿cómo transformarlas? ¿Por la educación? Y, de nuevo, el círculo vicioso. En efecto, los problemas no se disponen de forma lineal en fila india. Se plantean juntos, y los unos reenvían a los otros. La realidad social, lo hemos visto y repetido, es multidimensional, y la dialéctica entre los diferentes factores que la constituyen forma un bucle de interretroacciones, sin que un factor pueda determinar o controlar a los otros. Es decir, que la palabra «revolución» debe significar en su principio mismo un cambio multidimensional, una metamorfosis, donde cada cambio local o sectorial sería necesario para el cambio general, el cual al mismo tiempo sería necesario para el cambio local y sectorial. Los cambios de estructura social, de estructura económica, de estructura cultural, de estructura mental, aun siendo cada uno irreducible a los demás, están irreductiblemente ligados en la perspectiva de la revolución de conjunto.

Es necesario, por tanto, que haya bucles activos y retroactivos entre las microtransformaciones (en los individuos, entre individuos), las metatransformaciones (nuevas formas de organización social), la megatransformación (planetaria). Es decir, que todo no puede venir más que en, y por, interretroacciones que constituyen bucles torbellínicos, nebulosa espiral efectivamente, pero nebulosa que conlleva tanto antagonismos y luchas como fraternización y amor. La lucha, ella misma, aun

siendo desintegradora por naturaleza, forma parte del nacimiento agónico. La lucha se desarrolla hoy en día en todas partes, en el seno de cada imperio, nación, clase, etnia, grupo, individuo, entre dos formas de pensar, comportarse, actuar...

El progreso, dice Laborit, no vendrá del Oeste, ni del Este, ni del Tercer Mundo, sino de la planetarización de la humanidad. Vendrá de todas partes y de ninguna parte. Vendrá de lo femenino y de lo masculino, de lo juvenil, de lo adulto, de lo viejo, del propietario, del intelectual. *Vendrá de miríadas de desviaciones confluyendo en una sinergia general.* Vendrá de la confluencia entre la extrema inconsciencia de las necesidades espontáneas y la extrema conciencia de un nuevo pensamiento complejo. Vendrá, tal vez, pero aún no viene: al contrario, cada uno de los movimientos, si no encuentra el bucle del que se convierte en uno de los constituyentes y donde se integra, vuelve a caer, aislado, y todo se dispersa en fragmentos disjuntos, dispersos, contrayéndose cada uno sobre sí, en un neoegoísmo, fanatismo, dogmatismo singular y fragmentario...

¡Así se explica la enormidad del problema, es decir, el progreso fantástico, la fabulosa metamorfosis que sería necesaria para que salgamos de la edad de hierro planetaria!

La Revolución no depende ya de un operador principal (el partido, el proletariado), de una acción principal (la toma del poder), de un núcleo social principal

(los medios de producción); necesita una multiplicidad de cambios / transformaciones / revoluciones a la vez autónomos e interdependientes en todos los dominios (incluido necesariamente el del pensamiento).

Por consiguiente, es verdad que una revolución así parece lógica y prácticamente imposible. Ya no hay una buena parte por la que comenzar, hay que comenzar por todas partes a la vez... Pero toda gran creación, en el dominio de la vida, nos parece lógicamente imposible antes y, a veces, incluso después de que aparezca. Así, nos preguntamos siempre cómo el ojo ha podido aparecer en el organismo animal, ya que las condiciones de formación de los elementos constitutivos del ojo suponen la existencia global del órgano donde cada uno encuentra su función, y que esta existencia global supone la existencia previa de los elementos constitutivos. Y, no obstante, el ojo ha aparecido, no ya una vez, sino al menos dos, en la evolución animal. Asimismo, he recordado, qué observador extraterrestre habría podido imaginar hace tres mil millones de años qué interacciones torbellinescas en conglomerados de moléculas habrían podido conducir a la constitución de un ser celular con propiedades inauditas respecto a las de sus componentes, la aptitud de cambiar, autoorganizarse, autorrepararse, autorreproducirse... La vida es una revolución fabulosa que se ha realizado sobre la tierra. En esta tierra, ha nacido un primer ser pluricelular, otra revolución. Un pez ha podido vivir fuera del agua sin asfixiarse. Anima-

les terrestres han emprendido el vuelo. Las plantas han hecho florecer flores. El *homo sapiens / demens* ha nacido con un enorme cerebro de diez mil millones de neuronas, capaz de pensarse y de transformarse intelectualmente, culturalmente, socialmente. Antes de cada una de estas etapas, la revolución habría sido imprevisible e inconcebible por un observador dotado de nuestra inteligencia y de nuestros medios de observación.

Es decir, que lo inconcebible es posible. Ciertamente, la posibilidad del «nuevo nacimiento» revolucionario de la humanidad permanece como una posibilidad muy improbable, y la probabilidad continúa situándose del lado de la regresión y de la muerte.

Pero si la previsión hace aparecer lo peor, la esperanza va en el sentido de lo improbable y lo inconcebible. La creación, antes que nada, es siempre invisible, y hay que apostar por lo invisible.

NOCHE Y NIEBLA

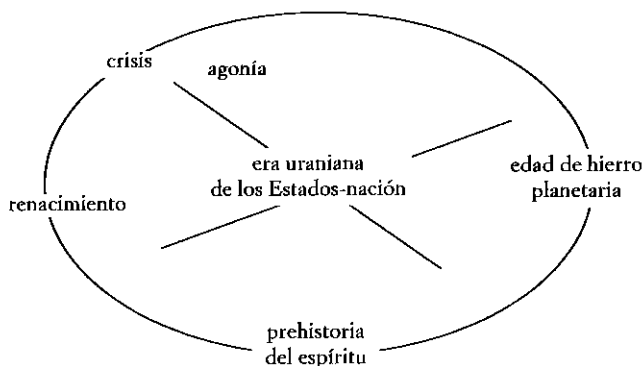
No estamos cerca de la cima de la costa desde donde vamos a saludar al sol naciente. No estamos en el momento en que van a realizarse las promesas de la Ilustración, como se creyó en 1789, antes de que la historia volviera a partir hacia las tempestades con guillotina, sobresaltos, Napoleón, Restauración, re-revoluciones...

No vamos a salir de la historia.

Debemos volvernos a situar en la prehistoria del espíritu humano. Nos encontramos en el juego incierto / aleatorio de lo regresivo / progresivo, a la vez en revoluciones salvajes y regresiones bárbaras. Nos encontramos en la noche y la niebla, placenta informe, útero donde la sangre que nos nutre está mezclada con lo inmundo.

No sabemos si la agonía en la que hemos entrado es la del nacimiento o la de la muerte de la humanidad.

Así, a la vez que preparamos un nuevo Renacimiento, a la vez que permanecemos en la prehistoria del espíritu, no es una verdadera Edad Media lo que vivimos, no es un verdadero Renacimiento lo que preparamos, no es la prehistoria lo que finalizamos. Estamos en la edad de hierro planetaria.



Pero una edad de hierro es por sí misma herrera. Es la humanidad la que forja la edad de hierro planetaria. La diferencia con la antigua edad de hierro, donde se

forjaba la civilización técnica, es que ésta no llevaba en sí la amenaza de la destrucción de la humanidad, sino que es en su término actual donde *el extremo desarrollo técnico permite, a la vez, la génesis de la humanidad planetaria, es decir, esta nueva edad de hierro, y su destrucción apocalíptica.*

Es decir, que debemos estar dispuestos a desesperar y a esperar. Por un lado, el fin de la humanidad está tal vez próximo. Por otra parte, un nuevo nacimiento de la humanidad es posible. El desengaño radical respecto a la salvación histórica no debe por ello expulsar la idea de que una transformación radical es posible y que nos hace falta. Pero el fin de nuestra prehistoria, de nuestra historia, de nuestras historias, no está próximo. Preparémonos para todo, salvo para el porvenir radiante.

Muchos creen que lo hemos perdido todo al perder nuestras ilusiones. Al contrario, hemos hecho una adquisición prodigiosa al perder nuestros errores, la de la toma de conciencia necesaria y, tal vez, en el juego de la verdad y el error, salvadora. Hemos perdido la promesa del progreso, pero es un progreso muy grande, finalmente, el descubrir que el progreso era un mito. Hemos aprendido que una razón cerrada usurpaba el sitio de la racionalidad. Pero es una gran conquista de la racionalidad esta desracionalización. Hemos perdido el futuro garantizado por la Rand Corporation y el futuro garantizado por el sello Marx-Lenin. Pero hemos aquí capaces de actuar por el futuro, en plena conciencia de

los azares, las reacciones, los efectos perversos y los efectos boomerang de toda acción.

Estamos en un planeta que vive, titubea, día a día. Puede ser, dije, que todo esté ya decidido, pero sólo lo sabremos muy tarde: tal vez todo continúe decidiéndose y volviéndose a decidir, en mil bifurcaciones, vacilaciones, aquí y allá, en el mundo, y que cada vez la decisión dependa del coraje o de la cobardía, de la lucidez o del extravío. Tal vez seremos testigos o actores del evento desconocido que haga desencadenar la gran avalancha, cuyo rugido repercutirá hasta el fin de los tiempos humanos.

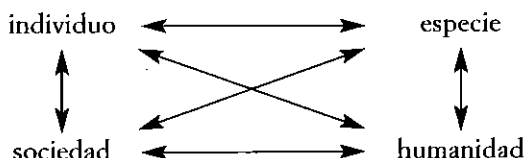
EL APAREAMIENTO DE LAS BALLENAS

ESTIMULAR / DESPERTAR LA HUMANIDAD

Cada uno, en su aquí y ahora, se siente bien lejos de la humanidad, noción abstracta que se diluye en el allende y en el porvenir.

Pero, en efecto, el tejido de la humanidad se constituye no sólo a partir de la nebulosa espiral planetaria en gestación, sino también a partir de los individuos, cuando cada uno reconoce en todo aquel que entra en el campo de su comunicación a *un prójimo*, es decir, un *ego-alter* potencialmente *alter-ego*. La humanidad se teje a partir del *alter-ego* y del *meta-ego*. Pero la humanidad no es *sú-per-ego*, quiero decir una entidad superior al individuo. No puede ser el último ídolo, la última religión. La humanidad es el nuevo término que realiza y desarrolla la naturaleza propia de *homo* convirtiéndose desde entonces en tetralógica:

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?



Vemos bien, por tanto, la complejidad, la multiplicidad constitutiva de la última ética: *hacer emerger a la humanidad*. Conlleva también, necesariamente, el despertar en cada uno de la humanidad.

PARAR LA MEGAMUERTE

Despertar la humanidad, hoy en día, se confunde con la necesidad de estimular la humanidad, es decir, de provocar el «arranque de humanidad» que pueda detener la marcha hacia la muerte. ¡Parar la muerte! No es sólo contribuir a la lucha permanente y multiforme de toda vida contra la muerte. Es luchar contra la nueva muerte, la muerte masiva por millones o *mega-muerte*.

La megamuerte ha aparecido a lo largo de este siglo. Las dos guerras mundiales han matado a millones de personas. Los campos estalinistas y nazis también. Pero estas muertes estaban todavía escalonadas en el tiempo y el espacio: hacían falta miles de masacradores para millones de masacrados, millones de entremasacradores para millones de entremasacrados, Hiroshima y Nagasa-

ki han producido la megamuerte en su dimensión concentrada y destructora.

Hasta el momento el equilibrio del terror entre las superpotencias inhibe y suspende la amenaza. Sin embargo, una espiral está en movimiento, no sólo porque hay una escalada en bucle en el crecimiento cualitativo y cuantitativo de las armas entre las dos superpotencias, sino también porque hay una difusión de las armas y, por tanto, un crecimiento de las potencias primero medianas, después pequeñas, que entran en el bucle / espiral. La espiral va a extenderse finalmente a todas las naciones. Esta espiral de nada cambia la naturaleza misma de la guerra al crear una nueva relación entre enemigos. Hasta entonces, la guerra significaba necesariamente supervivencia y beneficio del vencedor. En adelante, significa potencialidad de destrucción recíproca. La relación paranoide, propia de los Estados, «tu vida es mi muerte, mi vida es tu muerte» (Fornari) es sustituida por una relación sorprendente, donde la nada surge para abrir la puerta a la solidaridad vital entre Estados-nación: «Mi muerte es tu muerte, mi vida es tu vida». La guerra, que no ha cesado de asolar los tiempos históricos, está en crisis. La única salida de la crisis es que el enemigo se vuelva *ego-alter / alter-ego*. Es, por tanto, la Nada la que lleva en sí la oportunidad de la vida: la Nada es la metapotencia que hoy en día sólo puede controlar al Estado paranoide y parar su omnipotencia, es decir, *suscitar una emergencia de humanidad superior a las naciones*.

LA LOCA VIOLENCIA

Se plantea aquí el problema no ya de la violencia, sino de *la violencia que se ha vuelto loca*.³

El problema de la «loca» violencia es un problema inseparable de la naturaleza misma de *homo sapiens / demens*, pero se despliega verdaderamente en la era histórica, que es la era de los Estados y de las guerras, con masacres enormes, sevicias crueles y torturas insensatas que sobrepasan y desbordan todo alcance estratégico. Los fanatismos religiosos, las creencias mesiánicas y apocalípticas han crecido y multiplicado los desencadenamientos de loca violencia. Lejos de reducirlos, el siglo XX abre una nueva era de loca violencia al mismo tiempo que abre la era de la megamuerte.

La locura megaasesina de la Primera Guerra Mundial ha sido el caldo de cultivo del mesianismo apocalíp-

3. No voy a tratar aquí de la violencia, que es un problema bioantroposociológico complejo que absurdamente tendemos a reducir o a unidimensionalizar. Quiero sólo indicar aquí que la violencia es una noción falsamente clara, que no puede circunscribirse al ejercicio físico de la violencia. La intimidación y la amenaza conllevan una violencia potencialmente enorme que dispensa del ejercicio físico de la violencia. Constricciones y coerciones crean violencia. Desde este momento, la violencia revolucionaria puede convertirse en el único medio para vencer la intimidación y responder saludablemente a la coerción. Pero evidentemente esta proposición no es válida para violencias reiteradas, crónicas, impulsadas por causas débiles, sobre autoridades débiles.

tico de la violencia revolucionaria. Y cómo no estremecerse entonces de fe, cuando la gran Rosa Luxemburgo anunciaba la destrucción sangrienta del viejo mundo, cuya violencia debía perecer por la violencia necesaria al nacimiento del nuevo, finalmente pacífico.

Pero esta violencia de Salvación se ha desnaturalizado convirtiéndose en violencia de Estado, confirmando y justificando ideológica, mística, religiosamente, la nueva megaviolencia del Estado que se ha vuelto totalitario. Es lo que ha conducido a la primera, la más duradera y la mayor producción concentradora de megamuerte que la historia haya conocido, mientras que, al mismo tiempo, la religión nazi de la raza leona y del Estado predador creaba su propio sistema concentrador y provocaba el incendio de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy en día, estamos bajo la influencia de una nueva espiral de violencia que se vuelve loca. Viene de la conjunción de la violencia de resistencia / liberación que se opone a la coerción (ocupación militar, dominación colonial) y del mesianismo de la salvación revolucionaria, para el que todos los medios son legítimos para la finalidad emancipadora.

La nueva espiral se extiende no sólo en las sociedades totalitarias (que la reprimen al incubar), y en las dictaduras y dominaciones coloniales, sino también en las sociedades pluralistas. Toma dos formas. La primera forma, banalizada, diluida, «benigna» si puede decirse, está en la transformación del ladrido protestatario en

atentado con bomba con objetivo indiscriminado, a veces sin ninguna relación con la causa de la protesta (de esta manera, un comité armenio ha protestado de forma extraña contra actos racistas cometidos por gamberros contra algunos armenios de Alfortville, colocando una bomba delante de la sede de Air France en los Campos Elíseos). La segunda forma, concentrada, virulenta, es la forma mesiánico / apocalíptica llamada terrorista, donde la ínfima minoría portadora de la verdad de la historia se otorga la misión de despertar a las clases obreras y desenmascarar a las democracias aparentemente liberales para que revelen en la represión su verdadero rostro fascista.

Esta espiral no hace más que mantener un bucle de respuestas, contrarrespuestas, contracontrarrespuestas, donde la violencia terrorista y la violencia de Estado se sustentan la una a la otra, yendo por sí mismas hacia los megaasesinatos con los atentados en masa, y, pronto, la miniaturización y la facilidad de fabricar el arma atómica harán desembocar a la loca violencia terrorista en la megamuerte.

Así pues, confluyen las espirales intraestatales de la violencia desencadenada y la espiral intraestatal portadora de la megamuerte fulminante, que torbellinea alrededor de la humanidad, verdadera placenta de la nada.

LA METAVIOLENCIA

¿Hay alguna posibilidad de detener la espiral? Sabemos que los buenos sentimientos y las buenas ideas son impotentes. Pero en adelante entran en juego dos factores que, nacidos de la violencia y de la megamuerte, se vuelven contra ellos:

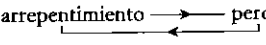
- la metapotencia controladora de la nada;
- la experiencia de la violencia que se vuelve loca.

La experiencia de la violencia que se vuelve loca es la experiencia de cada uno y de todos. Es en las metrópolis más civilizadas donde el drogadicto, a falta de caballo, se arrastra por el suelo y patear a la anciana a la que quiere robar el bolso. Es por todas partes, de ahora en adelante, donde niños explotan y mueren bajo la bomba roja o negra.

La salida no puede venir ni de la violencia ni de la aviolencia, es decir, del mundo tapado con burletes, contraído, de los tibios, de los embotados, de los hastiados, de los indiferentes, de aquellos que se han instalado en la contemplación televisada de las hecatombes de Biafra, de Vietnam, de Burundi, de Camboya, de Afganistán, de Timor. No es sólo que la infraviolencia sea una subvitalidad. Resulta que es la aviolencia lo que permite a la violencia prosperar y desencadenarse. Lo que es aterrorizado por la violencia cede siempre ante ella. No haremos

nada *en primer lugar* con los tibios, como lo había comprendido bien el Evangelio. La lucha contra la violencia que se ha vuelto loca será conducida primero por aquellos que han practicado la violencia bélica hasta la ignominia, la violencia revolucionaria hasta la absurdidad, la violencia terrorista hasta la saciedad. Es la lección evidente que nos dan las dos películas norteamericanas que nos han mostrado cómo el viaje abominable y atroz al fondo de la guerra de Vietnam puede desembocar por sí mismo en la revolución. *Apocalypse now*, ciertamente, no llega a salir del Apocalipsis (y Coppola no ha encontrado un verdadero final a su película al elaborar varios finales, todos insatisfactorios para él y para nosotros). Pero *El cazador* sí que desemboca en la toma de conciencia de la locura asesina y en el rechazo de jugar a partir de entonces al juego de la muerte: el horror del asesinato sumerge al fin, en el cazador protagonista de la película, el goce de matar. No ya imaginario, sino real, es el ejemplo de H. J. Klein, miembro de la Baader Meinhof, que participó en el ataque a la reunión de la OPEP en Viena, y que, al término de su propio viaje al final de la noche, escribe: «Mi tonel está colmado: no meterán en él una sola gota más de sangre» (*La Mort mercenaire*, pág. 44). Y Michael Baumann, cuando «tira su fusil» en 1974, nos dice: «He dejado las armas porque me he dado cuenta de que no es el odio mi móvil profundo, sino el amor». (Y nos damos también cuenta a la vez de que si el amor frustrado, impotente, angustiado, pisoteado, pue-

de transformarse en odio, este mismo odio puede reconvertirse en amor.)

Los ex violentos deben ser comprendidos y reconocidos, no sólo en su rol irremplazable contra la violencia que se ha vuelto loca, sino como *hermanos*; Dostoievski, con algunos millones de años luz de adelanto sobre Marx, había comprendido y mostrado, al contar la historia de Raskolnikov y Sonia, cómo se constituye un nuevo bucle de humanidad : el perdón sólo puede venir de aquellos que han sido heridos, ofendidos, lesionados, de aquellos que han tenido víctimas entre sus allegados... Y aquí también hay algo de radical que se ha de sobrepasar: la venganza y el odio. La conversión de los ex violentos no basta. La nueva espiral productora de humanidad sólo puede constituirse englobando por los dos lados a los ex pacíficos que descansaban sobre la violencia de Estado y los ex violentos que han luchado con violencia loca contra la violencia de Estado. Es esta espiral la que puede crear la *nueva especie de pacíficos*.

El arranque de humanidad, si adviene, pasa necesariamente por la conciencia individual, a la vez que se propaga como una onda de choque colectiva. Desde ese momento pueden crearse las condiciones de una política metaviolenta, que, a la vez que sabe reducir y circunscribir el rol de la violencia política, sepa luchar y combatir las fuerzas de opresión y de muerte. Digo metaviolencia para expresar que la solución vendrá, si viene, no de la

supresión de la violencia, sino de la reducción de la violencia loca. Tenemos que excluir toda salvación, tanto por el mesianismo de la violencia, como por el mesianismo de la no-violencia. La metaviolencia no es salvación, es la vía contradictoria, compleja, difícil, que llama a escapar de la locura mortal.

Aquí, correlativamente, entra en juego el segundo factor: la presencia de la nada. Es la alternativa arranque de humanidad / destrucción generalizada la que debe despertarnos. Es la conciencia de la destrucción mutua la que puede constituir el metacontrol de los monstruos paranoides. Con toda la razón, Xavier Sallantin nos dice que la amenaza nuclear constituye el fermento de una conciencia mundial... Mejor aún, se ha convertido en fermento de humanidad.

Vemos, por tanto, aparecer por *los dos lados* la urgencia y la necesidad primera: *la emergencia de la humanidad*.

RESISTIR Y CAMBIAR

Debemos resistir a la nada. Debemos resistir a las formidables fuerzas de regresión y de muerte. En todas las hipótesis hay que resistir. Parar la muerte es resistir. Luchar contra la barbarie es resistir. El porvenir no es ya la marcha fulgurante hacia delante; o mejor, es a la marcha fulgurante hacia delante de las amenazas de avasallamiento y destrucción a la que hay también que resistir.

Más ampliamente, desde hoy en día debemos, tendremos que resistir a la mentira sin cesar, al error, a la Salvación, a la resignación, a la ideología, a la tecnocracia, a la burocracia, a la dominación, a la explotación, a la crueldad. Más aún, debemos prepararnos para las nuevas opresiones, es decir, para las nuevas resistencias.

Al mismo tiempo, debemos saber que no podremos superar la amenaza mortal más que por una transformación muy grande y múltiple que pueda revolucionar las condiciones del problema. «Si el hombre quiere vivir, debe cambiar», decía Jaspers. Cuanto más avanza la muerte, más avanza el problema del cambio necesario para salvar la vida. Aquí reaparece la idea de Revolución, es decir, de una transformación radical que afectaría a la vez al individuo, a las relaciones interindividuales y a la organización social de los Estados-nación, y que haría emerger a la humanidad en cuanto humanidad. Pero esta nueva idea de Revolución debe ser purgada de toda Salvación, excepto del salvamento de la aventura humana. Necesaria lógicamente para salvar la vida, no es históricamente necesaria, e incluso parece poco probable. No culminaría la evolución humana, sino que iniciaría una nueva evolución. Haría cambiar los principios del cambio. Esta idea de revolución lleva consigo la idea de continuidad radical, ya que es la vida, particularmente la vida humana, la que hay que continuar, y es la civilización, ciertamente hasta el momento siempre inseparable de la barbarie, la que hay que salvar de la barbarie

antigua y nueva. Y, al mismo tiempo, lleva consigo la idea de transformación radical.

Hay por tanto, en adelante, relación a la vez complementaria y antagonista entre las dos ideas de resistencia y de revolución. El abandono del mito de la Revolución-Salvación nos conduce a la idea de resistencia, pero ésta conduce a la nueva idea de revolución. La revolución pasa por la resistencia a la muerte, la cual necesita una revolución. En cualquier caso, *el porvenir pasa por la resistencia*.

Podemos unir las ideas de resistencia y de revolución en la idea de *fundaciones*. Los que han leído la admirable trilogía de Isaac Asimov comprenderán el pleno sentido que hay que dar al término de fundaciones, en estos tiempos inciertos donde, al mismo tiempo, los tesoros del viejo mundo corren el riesgo de ser destruidos en su caída y donde los gérmenes del nuevo corren el riesgo de ser destruidos por la congelación. La idea de fundaciones significa:

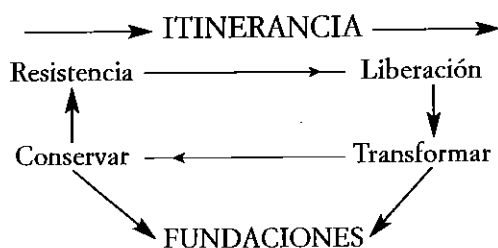
— constituir los núcleos de resistencia de toda cultura que serán al mismo tiempo los núcleos de salida de la nueva cultura (no es imposible que se repita durante una larga noche el cierre de la escuela de Atenas);

— constituir los tejidos embrionarios de las nuevas relaciones sociales y de otro tipo de vida;

— constituir los islotes de búsqueda donde se esforzaría en elaborar los principios de un pensamiento no mu-

tilado / no mutilante para comprender nuestro mundo, nuestro tiempo, a nosotros mismos (y yo desde este momento, para estas fundaciones, apporto mi trabajo, como este libro).

La idea de fundaciones es una idea clave para nuestro fin de siglo y para el alba del tercer milenio. Contiene tanto la voluntad de salvaguardar lo que hay que salvar en la regresión generalizada que amenaza, como la voluntad de hacer germinar lo que podría permitir al fin una progresión decisiva en el devenir de la humanidad. *La idea de fundaciones es lo que permite conservar no sólo el pasado, sino sobre todo el futuro.*



CADA UNO DONDE SE ENCUENTRE... Y EN LA LUCHA ENTERA

El general dice a sus tropas: «Que cada uno haga como si la lucha entera no dependiera más que de él». El pensamiento complejo nos dice: cada uno se encuentra

comprometido con la lucha entera en el juego de las innumerables interretroacciones.

Sabemos que toda resistencia llama a la autonomía de cada uno y a su toma de responsabilidad personal. Sabemos que toda crisis necesita las cualidades personales de inteligencia e inventiva, y tanto más en cuanto atrae las ilusiones, las drogas ideológicas, las «chivo-expiaciones». Hemos visto que una verdadera revolución no puede ser más que multidimensional y que necesita varios cambios simultáneos. La Revolución del tercer milenio no tiene fórmula, ni receta. Todo puede comenzar no sabemos por dónde, todo debe comenzar por todas partes, por varios lados, hace falta que varios comienzos se operen juntos, se sincronicen, se sinergicen, formen torbellino...

Por tanto, allí donde el guión no está *ready made*, allí donde el azar y la incertidumbre planean sobre los comienzos y los desarrollos, allí donde la iniciativa y la inteligencia vuelven a ser actores, entonces cada uno, donde se encuentre, en su lugar propio, debe sentirse concernido de nuevo. Cada uno debe comenzar a comenzar, aunque sea consigo mismo. Como dice a su manera G. Leakey (*Strategy for a living revolution*): «Somos criaturas del viejo sistema, que queremos, sin embargo, ayudar a construir el nuevo sistema: *uno de nuestros programas debe ser nosotros mismos*».

Cada uno actúa e interactúa, inconscientemente, en el devenir. La desaparición del mesías histórico restituye

a todos y a nadie, a cada «buena voluntad», su rol y su misión. Cada uno se encuentra desde este momento conminado, no ya a delegar su fe en el Partido portador de Verdad histórica, sino a acceder a la conciencia genérica y general de la humanidad. Aquí volvemos a encontrar en bucle los problemas fundamentales de los que trata este libro: cómo saber ver, saber pensar, saber pensar el propio pensamiento, saber actuar, y esto, no sólo por sí mismo, sino por la tarea más grandiosa jamás encontrada por el hombre: la lucha simultánea contra la muerte de la especie humana y por el nacimiento de la humanidad.

LA ITINERANCIA

Estamos en el devenir, y el devenir conlleva pasado, presente y futuro. Recordemos una vez más que cada uno vive una pluralidad de vidas, su vida propia, la vida de los suyos, la vida de su sociedad, la vida de la humanidad, la vida de la vida. Cada uno vive para mantener el pasado en vida, vivir el presente, dar vida al futuro. Hay, no sólo en cada uno, para cada uno, sino también para los otros y para la sociedad, una relación incierta y antagonista entre el presente y el futuro. Nos consagramos al presente y al futuro, pero la parte de uno y de otro no podría ser calculada como un presupuesto donde se reparte la parte del gasto y la de la inversión. Cada uno está confiado a sí mismo en este problema. El sacrificio

del presente por el porvenir radiante prepara, de hecho, un porvenir horrible. Hace falta alegría y amor *en el presente* para invertir bien en el porvenir. Hay que saber gozar del presente para amar el porvenir. Hay que saber que el porvenir mismo forma parte del devenir, y que pasará, él también...

La vida política, como la vida amorosa, cobra sentido en los momentos sublimes de comunión, de fusión, de alegría *hic et nunc*. El libro de Alberoni nos aclara sobre esta identidad profunda entre el éxtasis colectivo y el éxtasis amoroso (*Enamoramento e Amore*, traducción castellana: *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 1988). Sé ciertamente que las liberaciones son efímeras, que allí donde las nuevas cadenas se rompen, nuevas cadenas se forjan, nuevas esclavitudes se preparan, y que allí donde una liberación es incapaz de hacer nacer una libertad, abre la vía hacia una nueva opresión. Sé que las nuevas opresiones llegan cargadas de flores y de banderas, acogidas por las lágrimas de esperanza de quienes están entonces seguros de salir de la desgracia, y que entonces comienza una nueva y terrible desdicha. Sé que nada está decidido, que nada estará nunca decidido, definitivamente, salvo la muerte. Tendremos que caminar en la alegría y el sufrimiento, en la espera no ya de la promesa, sino de lo inesperado... Hablo de mi experiencia. He vivido la medianoche del siglo en el momento mismo en que Victor Serge la anunciaba: el pacto germano-soviético, la invasión de Francia, el hundimiento de Euro-

pa, la avalancha alemana hasta Moscú, todo esto hacía doblar las campanas de la esperanza para siempre. Y sin embargo, desde finales de 1941, la esperanza renacía...

Más tarde, a partir de 1947, con la segunda glaciación estaliniana y la guerra fría, creí que el siglo se había hundido en el túnel y no saldría de él mientras yo estuviera vivo. Pero en 1953, lo inmortal moría.

He vivido en 1957 la aniquilación de la «revolución húngara» y la destrucción del «Octubre polaco». He padecido después de 1960 el retorno de las ilusiones que creía destruidas para siempre, pero trasladadas esta vez a Cuba y a China; he visto el triunfo del oscurantismo cantado por la *intelligentsia* a la que pertenecía, el triunfo del pensamiento más mutilante hasta en mis allegados, que sólo la amistad impedía que me rechazaran, y que sólo la amistad me impedía rechazarlos.

Pero también, como ya he dicho, la Resistencia que viví en 1942, 1943 y 1944, a través de los temores y los peligros, no era sólo exaltada por la esperanza de una Liberación / Salvación. Conllevaba, mediante arrestos, torturas, deportaciones de amigos queridos, riesgos mortales para los míos, momentos insólitos de fraternidad y de felicidad. He vivido la Liberación de París en las barricadas, el tumulto de las campanas, los incendios, los fuegos artificiales. He vivido, por procuración, la «revolución húngara», y he vivido un momento emocionante *in situ*, con mis mejores amigos, el «Octubre polaco». He vivido en París el Mayo parisino, y por pro-

curación la «Primavera de Praga». ¡He ido a vivir la alegría de abril en Lisboa!...

Preparémonos *para todo*.

Preparémonos para la nada. Preparémonos para la Bola de Fuego. Preparémonos para encontrar pronto protectorado de Imperio, con nuestro Husák nacional. Preparémonos para la derrota irremediable. Aunque de-seemos al mundo lo mejor, ver cesar la humillación, el desprecio, la mentira, no tenemos necesidad de la certeza de la victoria para continuar la lucha. Las verdades exigentes se las arreglan sin la victoria y resisten por resistir.

Pero preparémonos también para las liberaciones, aunque sean efímeras, para las divinas sorpresas, para los nuevos éxtasis de la historia...

SEMBRAR. AMARSE⁴

En camino hacia el segundo milenio.

Estamos en la errancia y no saldremos de la itinerancia. La renuncia al paraíso no hace más que comenzar. La historia de la humanidad no hace más que comenzar. La aceptación de la tragedia humana (y sin duda de

4. El autor emplea un juego de palabras intraducible al español entre *semer* («sembrar») y *s'aimer* («amarse»). La sonoridad de los vocablos es muy próxima en el idioma francés original. (N. del t.)

la tragedia del universo) es la condición *sine qua non* de toda antropolítica.

¿Actuar? Ya he dicho que el principio de incertidumbre se incluye en toda acción, y singularmente en toda acción política. Ya he hablado de la incertidumbre inaudita de la acción por la humanidad. Ésta, además, corre el peligro a cada instante de *la locura*. No vamos a eliminar la incertidumbre y el azar, vamos a aprender a trabajar y jugar mejor con ellos. No nos convertiremos súbitamente en «sabios», vamos a aprender a comerciar con nuestra locura para preservarnos de sus formas atroces y masacradoras.

¿Apostar? No sabemos si todo está decidido, si nada está decidido ya. Nada es seguro, sobre todo no lo mejor, pero tampoco lo peor. Es en la Noche y la Niebla donde debemos *jugar*.

Nos hace falta finalmente formular el principio espermático de la acción política. La acción política no está dotada de la eficacia de la acción física, donde cada golpe de martillo, si está bien asestado, clava un poco más el clavo. No es sólo que, en política, hundes el muro, creyendo clavar el clavo. Es que la eficacia política, como la eficacia biológica de la sexualidad, necesita de innumerables esfuerzos infructuosos, de un despilfarro inaudito de energía y de sustancia vital para llegar al fin a una fecundación. Miríadas de esporas y pólenes echan a volar desde las plantas y la mayoría mueren antes de nacer. Michelet había imaginado que las ballenas, para apa-

rearse, debían lanzarse por los aires verticalmente y proyectarse una hacia otra, de forma que como un rayo, por azar, el sexo del macho penetre el de la hembra y le lance su espermia. Cuántos esfuerzos infructuosos, infinitos, necesitaban por tanto las ballenas de Michelet para reproducirse. Este mito es la imagen de la acción política. Necesita ardores repetidos, ensayos / errores ininterumpidos, hasta que un día, por azar, la fecundación se produce. En cada una de nuestras eyaculaciones se precipitan ciento ochenta millones de espermatozoides frenéticos, y, en una hecatombe generalizada, uno sólo tal vez, si el óvulo está dispuesto a acogerle, encontrará el objetivo pretendido. Sembrar la vida, para nosotros, es el gasto de esfuerzos sin nombre, es la producción de gérmenes sin nombre, pero, al mismo tiempo, sembrar puede coincidir con amarse, es decir, con el amor que transfigura dos seres y encuentra su finalidad en su éxtasis de comunión. Y he aquí el símbolo, que cada uno ha podido y puede vivir, de esta identidad compleja entre el acoplamiento de dos seres y la realización ciega de una función venida del fondo de las edades y que se dirige hacia el horizonte de los tiempos: volvemos a lo que sabíamos antes de todo conocimiento y de toda conciencia, a la vez que llegamos a lo que todo conocimiento y toda conciencia nos dicen de realizar y ensanchar:

